

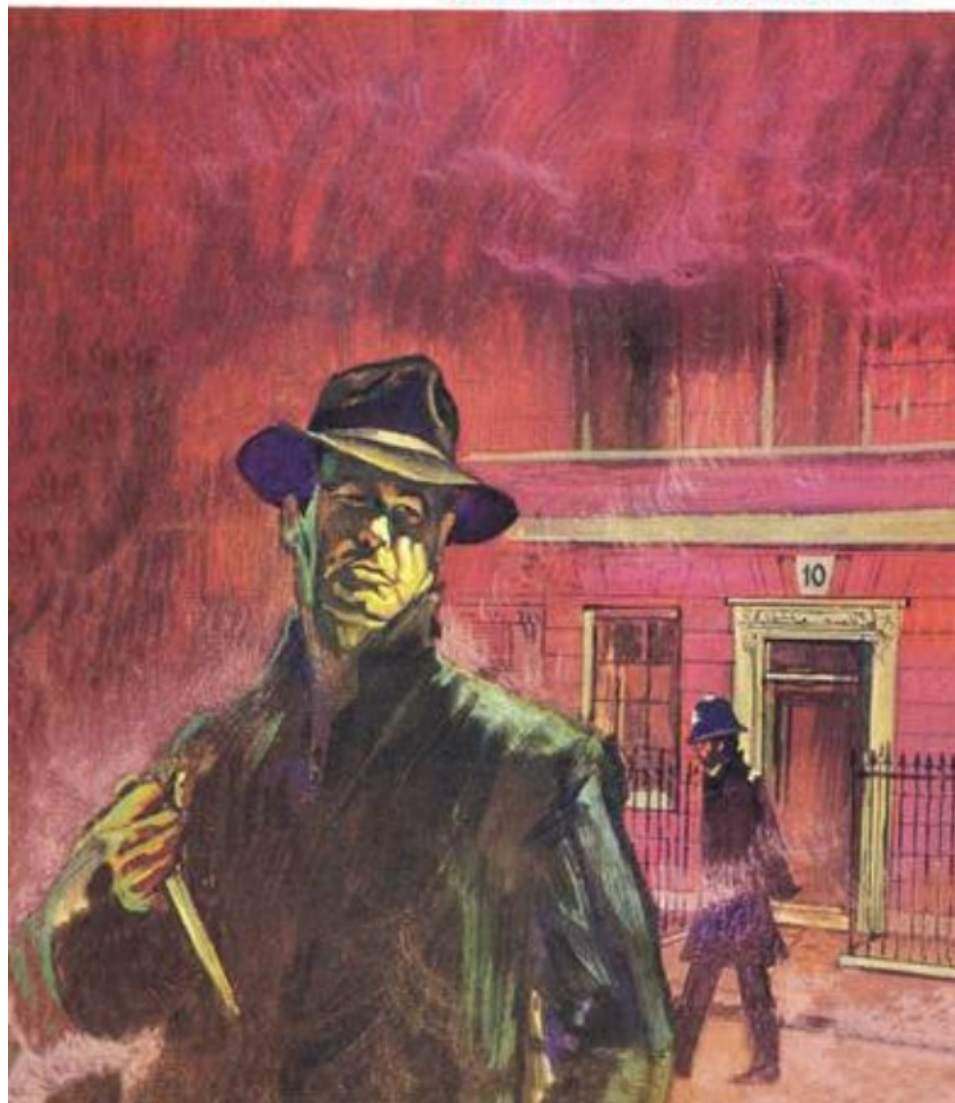
BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

amenaza al 10 de Downing Street

CURTIS GARLAND



AMENAZA AL 10 DOWNING STREET

PR Nº 657

Autor: Curtis Garland

ISBN: 9788402025203

Generado con: QualityEbook v0.78

Capítulo Primero

NIEBLA Y EVASIÓN

ERA imposible.

Se detuvo, sorprendido. Era imposible, pero no había duda de que era así. Y no podía ser de otro modo.

Se quedó mirando ante sí, a la niebla, al destello dorado en medio de las brumas de la oscura tarde invernal. El frío hacía brotar de sus labios un vaho constante, que se fundía con la bruma.

No cabía error posible. No se había equivocado, estaba convencido de ello. Sencillamente, allí terminaba todo rastro.

Pausado, recuperó el aliento, tratando al mismo tiempo de serenar sus ideas. De la niebla, destacaba la sombra oscura del policeman de servicio, a poca distancia de él.

No se movió, pero le estaba mirando. Mirando fijamente, a través de los jirones de niebla. Al fin le preguntó secamente:

—¿Qué hace usted aquí?

—Lo siento. Creo que me desorienté en la niebla —replicó él.

—¿De veras? —dudó el policía, dando un paso hacia él—. Acérquese, por favor.

Pareció vacilar, pero finalmente se encogió de hombros y se acercó.

El policeman reflejaba sospecha. Cuando lo tuvo cerca, se limitó a una nueva pregunta:

—¿Puede identificarse, señor?

—Claro —asintió con desgana el interpelado—. ¿Es necesario, agente?

—Es imprescindible, señor. Deberá perdonarme, pero si no tiene nada que ocultar, es mejor que me obedezca. Su documentación, señor, se lo ruego.

La amabilidad habitual de los policías londinenses, se ponía de manifiesto en cada una de sus palabras. Pero, ciertamente, había mía nota seca en el fondo de sus palabras.

No obstante, la visión de sus documentos, exhibidos con firmeza, revelaron en él cierta sorpresa. Miró con respeto al hombre de gabardina color canela oscura. Saludó, llevando la mano a su casco de reglamento.

—Disculpe, señor —habló—. No podía saberlo.

—Oh, no se preocupe —suspiró, guardando su billetero con documentos—. Es lógico que me exigiera la identificación, agente. Hay mucha niebla, mucha delincuencia... y su servicio es delicado en noches así, especialmente en este lugar.

—Sí, señor —asintió el policeman—. Prefiero pecar de desconfiado, a que ocurra cualquier cosa desagradable por culpa de un exceso de confianza mía.

—Es una prudente medida, ciertamente —el que acababa de identificarse frunció el ceño, estudiando la calle, en torno. Sacudió la cabeza luego, pensativo, mirando al agente de policía—. Y hablando de desconfianzas... ¿sabe que desconfío de este lugar?

—¿De veras, señor? —el policía le contempló, sorprendido—. ¿En qué sentido? ¿Teme que suceda algo anormal? Desde que el terrorismo se desplazó de Irlanda del Norte a nuestra capital, todo puede esperarse, pero las fuerzas de Seguridad acostumbran a revisar esta zona frecuentemente.

—No me refería a los terroristas del IRA ni cosa parecida —suspiró el hombre de la gabardina color canela—. Estaba hablando de... de un asesino.

—¿Un asesino? —enarcó las cejas el policeman—. Temo no entenderle, señor...

—Vengo tras él desde otro punto de Londres. He perdido su rastro hace unos momentos.

—¿Aquí? —se extrañó el agente.

—Aquí mismo, sí. ¿Le sorprende?

—Mucho, señor. No he visto absolutamente a nadie en los últimos minutos.

—A eso quería llegar. ¿A qué espacio de tiempo llama usted «últimos minutos»? —quiso puntualizar el otro.

—Digamos que... un cuarto de hora, señor.

—¿Tanto?

—Quizá más, pero en modo alguno menos. Un cuarto de hora largo llevo aquí en solitario. Le aseguro que nadie entró por ese extremo de la calle por donde usted ha entrado ahora, señor, o yo le hubiera visto sin remedio. La luz de aquellas dos farolas, y la claridad del reflejo de aquel anuncio de la calle transversal, me facilitan la visión, aun en medio de esta niebla.

—Sí, creo que tiene razón —asintió, tras estudiar el punto de confluencia de ambas calles, allí donde el policía le señalaba—. Tiene mucha razón, agente. Es difícil que alguien se le escape, estando situado en ese punto. Sin embargo, insisto: el asesino entró en la calle.

—¿Usted le vio?

—Tan claramente como le veo a usted.

—¿Entonces sucedió..., ahora mismo?

—No —suspiró el de la gabardina Color canela—. Desgraciadamente, no fue ahora mismo, agente.

—Mi nombre es Peters, señor. Temo no entenderle eso que dijo. Si no ha sido ahora, ¿por qué se demoró usted en llegar?

Una sonrisa irónica cruzó la boca firme del hombre. Luego, éste inclinó la cabeza, despojándose de su sombrero de material impermeable, para mostrarle la cabeza.

—Por esto, agente —explicó con sencillez—. ¿Entiende ahora?

El policía dio un paso atrás, con asombro. Lanzó una imprecación.

Los cabellos del hombre, de un color castaño claro, casi rubio, aparecían adheridos y confusos, en una masa oscura sobre la nuca. La sangre seca dejaba ver el corte en su cuero cabelludo, bastante largo y profundo.

—¿Qué le ha ocurrido, señor? —murmuró el policía, alarmado—. Es una buena herida...

—Y tan buena —suspiró el herido—. Un golpe contundente contra mi cráneo. Me derribó, casi inconsciente. El agresor escapó. La última vez que le vi, alcanzaba la entrada de esta calle, no lejos de un automóvil aparcado en esa zona de sombra, tras aquella

verja, del Foreign Office. No pude ver más. Se me nublaron los ojos y perdí la noción de todo.

—¿Nadie le auxilió?

—Nadie circulaba por allí a estas horas, y menos en semejante día. De todos modos, mi propio coche me ocultaba en parte a la vista de otros peatones. Lo cierto es que me recuperé por mí mismo, y cuando he consultado mi reloj, he visto que habían transcurrido casi diez minutos desde que perdí el conocimiento. Demasiado tiempo para confiar en éxito alguno. Pero aun así, me he venido hasta aquí en busca de algún rastro...

—Pues ya ve que no puedo ayudarle. Tal vez el hombre cambió de idea y se fue en otra dirección después. No he visto a nadie, señor. Puede estar seguro de ello.

—Sí, ya veo que está muy seguro de lo que afirma, agente Peters. El hombre a quien yo perseguía... era un asesino.

—Eso creí entender antes, señor.

—Un asesino muy especial —suspiró el de la herida -en la nuca.

—Siento no poderle ser útil en ello. Ahora, si me permite, volveré a mí lugar de servicio. Esto va contra el reglamento, y usted lo sabe.

—Oh, claro. Su servicio es importante... Ah, por cierto. ¿Hay algún otro agente al extremo opuesto de la calle?

—En efecto, señor. Un agente allí, y otro en la calle posterior, donde está la puerta trasera del edificio que vigilo.

—Entiendo. De modo que, si alguien entra en la calle, no puede salir sin ser visto por otro agente de servicio.

—Exacto, señor. Puede preguntar a mí compañero, pero dudo que viese a nadie, no habiéndolo visto yo —se había situado ya ante la puerta donde prestaba su servicio, solemne y eficiente, como todo policeman londinense. Su interlocutor miró aquella puerta, su número brillante, el edificio todo. Y dejó resbalar su mirada calle abajo, por la acera mojada, hasta donde la niebla difuminaba los contornos de los tradicionales edificios de Westminster, hacia Saint James Park.

Era un lugar insólito para perder a un asesino. Extremadamente vigilado, con edificios oficiales en torno, con el Támesis y Whitehall a un lado, el parque sombrío al otro...

Sacudió la cabeza, perplejo. Había algo en todo aquello que no

lograba entender.

Había llegado hasta ese punto persiguiendo a un peligroso y cruel asesino de rara ferocidad y singular astucia. Estuvo seguro, por un instante, de lograr echarle la zarpa encima.

Ahora, sin embargo, había perdido definitivamente toda confianza en un éxito posible y cercano. Una vez más, se sentía como perdido en aquella maldita niebla.

Una niebla que había engullido a un asesino. A un asesino todavía con salpicaduras de sangre reciente en sus manos y ropas, ya que su último crimen databa solamente de un corto espacio de tiempo atrás.

Esta vez estuvo seguro de darle alcance. Y, sin embargo...

Sin embargo, le había perdido allí. En la breve calle comprendida entre el Almirantazgo británico y los edificios destinados a Foreign, Commonwealth and Home Office, se había evaporado, una vez más, el asesino de nombre jovial y divertido:

Funny Face... (1).

(1) “Funny Face”: en inglés, “rostro alegre” o “cara divertida”.

Funny Face era un criminal particularmente extraño y escurridizo. Casi fantasmal, tanto en su apariencia como en sus métodos. Y en este atardecer brumoso londinense, lo había demostrado una vez más.

Ahora, precisamente, ante el hombre que más dudaba de tales facultades en el hombre perseguido. El hombre que había afirmado, poco antes, con rara energía, ante su superior jerárquico dentro de New Scotland Yard, superintendente Miles Prescott:

—No creo en evasiones fantásticas. No creo en imposibles, ni admito que un hombre vulgar y corriente, físicamente sólido, sea capaz de fundirse en la nada. Yo capturaré a Funny Face, señor. Y demostraré que no es ningún espectro. Empeño en ello mi palabra.

«Buen principio aquél», pensó el joven policía, tras hablar con el agente uniformado, y evocar su conversación aún reciente con el superintendente Prescott.

Había sorprendido al asesino. Le había perseguido desde el lugar de su último crimen.

Y había ido a parar allí. Precisamente, allí. El único lugar, junto con el Palacio de Buckingham, donde no era posible imaginarse

siquiera la presencia de un asesino.

Porque estaba en Downing Street.

Justamente ante el número 10 de Downing Street.

Y allí terminaba el rastro del asesino.

REFLEXIONES EN UN OJO CRIMINAL (I)

«EL diez de Downing Street...

Sí. Aquí termina tu pista, sabio policía... Es divertido, ¿eh, inteligente polizonte? Muy divertido. Para mí, por supuesto...

Imagino que tú te sientes de muy diferente manera. Estás advirtiéndome la rabia que te consume, ¿no es cierto? El odio, la ira, el disgusto, la exasperación del fracaso...

Eres un tipo duro, lo admito. Me has seguido muy de cerca. Mucho. Pero has fallado, y lo sabes. Ves en tu interior que algo no fue bien. Que te has equivocado. O que te he burlado, que para el caso es lo mismo.

Resulta irritante, claro. Cuando se es joven, impulsivo, y se está seguro de la propia capacidad, molestan estas cosas, por supuesto.

Pero de ambos, siempre habrá uno más listo. Y ése seré yo. No puede vencerme. Aunque quiera, no le es posible derrotarme. La fuerza está en mis manos. Tengo demasiados recursos para que un simple policía me derrote.

Este lugar es mi primera arma demoledora: el 10 de Downing Street. Esta casa. Mi casa. ¿Cómo puede aventurarse él en la vivienda particular del primer ministro británico? ¿Cómo puede venir a buscar a un asesino dentro del domicilio del premier? Por encima de esa autoridad nacional, sólo está Su Majestad. Y nadie más.

No. Es demasiado para él. Y para todo Scotland Yard incluido. No se atreverían jamás a dar un paso más allá de esa puerta que me

protege de todo riesgo. Ese policeman de la entrada es mi mejor salvaguardia. ¡Qué irónico resulta todo! ¿No es cierto?

La policía es la ley. Y la ley choca con la autoridad superior. Con la política. Con los altos mandatarios. Con el Gobierno, incluso.

Es demasiado para ellos. No pueden hacer nada. No les es posible moverse. Están atados de pies y manos. No hay lucha posible. Es como lanzarse obcecadamente a un callejón sin salida... y estrellarse contra un muro.

Tiene gracia la comparación. El muro... El callejón sin salida... Sí. Eso le ocurre en realidad a esta pequeña y tradicional Downing Street. Por un lado, Saint James Park... Por el otro, el muro de Richmond Terminal, más allá en Whitehall y Parliament Street, según se encamine uno hacia el norte o el sur de Londres, bordeando el Támesis...

Sí. Es la callejuela sin salida en la que ha tropezado ese duro y obstinado policía que me ha perseguido justamente desde el escenario del crimen.

El crimen...

Mi último crimen. Mi más reciente obra maestra. Una verdadera pieza de arte. Porque matar es un arte. El más bello y difícil arte del mundo...

Para una persona que ama las artes y que sabe valorar cuanto tiene artísticamente belleza en este mundo, es hermoso saber poner en la vitrina de sus obras maestras esa filigrana prodigiosa e incalculable en su valor que es un crimen perfecto, delicadamente medido y calculado, previsto en sus más mínimos detalles.

Sé que la gente no entiende esos refinamientos. Para ellos, matar es brutal, derramar sangre es horrible y repulsivo. Un cadáver les causa horror, aunque haya sido en vida el cuerpo de una hermosa criatura.

Hermosas criaturas. Hermosas formas de morir.

Sí. Es un arte auténtico. Asesinar es un arte, cuando lo lleva a cabo un artista. Y ése es mi caso.

Porque yo, YO, no puedo cometer crímenes soeces y vulgares. No sería justo. Ni digno de mí. Yo estoy demasiado alto para llegar a tan bajo nivel mental y artesano. No... Mis obras han de ser siempre delicadas y perfectas. Arte puro.

Matar, cuando se hace con inteligencia y delicadeza,

exquisitamente casi... es una forma artística envidiable, difícil de imitar.

¿Que corre un poco de sangre? ¿Que se mancha algo el paisaje de un cuadro deliciosamente medido y compuesto?

Bien... La sangre es la nota violenta, viva, brillante. Las salpicaduras de pintura escarlata en el conjunto armonioso de mi obra.

Está bien la sangre. Me gusta como complemento, aunque no como objetivo. Matar, exige algunas condiciones previas e inevitables. Requiere un mínimo de violencia, un mínimo de sangre, de humano dolor.

Luego, el íntimo placer del asesino que se siente artista, completa todo lo demás. Y la armonía no se quiebra. El estilo no se rompe bruscamente. No hay virulencia ni brutalidad. No hay salvajismo estúpido ni notas discordantes. No, nada de eso.

¡Pobre policía! Ya da media vuelta... Ya se despide del policía de servicio ante mi puerta rotulada con el brillante «diez» de la calle Downing.

Es una retirada. Amarga y dolorosa. Se marcha convencido de su error, de su fracaso total. Ha echado una última mirada hacia esa puerta que me protege. Es la mirada vencida de quien se siente perdido. La humillación en unos ojos tristes y defraudados.

Lo siento, amigo. Has cometido un error, y lo sabes. Has seguido una pista, y ésta ha terminado mal para ti. Lo siento por ti, claro. Me alegra por mí. Por mi obra incompleta.

Por esa obra que aún no está terminada. No, policía amigo. Vas a sentirte muchas más veces hundido en la amargura del fracaso. Vas a maldecirme mil veces, por sentirte ante un muro que te detiene. No habrá nuevos errores por mi parte. No me conviene que te acerques demasiado a mí, a esta calle...

Aunque... ¿quién sabe?

Sí... No sería mala idea, después de todo. Un desafío. ¡Excitante!

Un desafío. Un simple policía obstinado, joven y terco, frente a... frente a mí. Un vulgar agente de la ley, contra un genio del noble arte del crimen.

Hermosa idea. Un alarde. Porque si el crimen es impune siempre, si mi seguridad es absoluta, faltará algo en mi tarea para hacerla perfecta y excitante: el riesgo. La emoción de un peligro

cierto que yo mismo buscaré.

Es una idea. Traer a ese policía a mí propio terreno. Y una vez en él, burlarme de sus pesquisas, de sus sospechas incluso. Éste es un país libre, con una legislación rígida y decisiva. No se puede acusar a nadie sin tener pruebas. No se puede señalar a un culpable sin evidencias rotundas. Nadie es culpable, mientras no se demuestre. Todo el mundo es inocente, cuando existe la duda. En la alternativa, nuestros tribunales optan por declarar la inocencia de aquel cuya culpabilidad no es demostrable.

Perfecto. Un juego más de ingenio, de habilidad, de audacia incluso... Un juego sobre el filo de una navaja; pero un juego que él siempre tendrá irremisiblemente perdido. Porque él es un simple burócrata, un funcionario mediocre y gris, sin imaginación. Y yo... yo soy alguien. Soy importante. Soy inteligente. Y soy un artista en cuanto hago.

Palabra, amigo policía. Lo siento por ti. Y voy a sentirlo mucho más aún. Pero me divertirá que seas él ratón y yo el gato. Me va a divertir mucho, a partir de ahora.

Prometo hacerlo así a partir de la próxima vez.

A partir del próximo crimen...»

Capítulo II

INSPECTOR DAVIS

—¿Es todo, inspector?

—Es todo, superintendente.

—Bien... —el superintendente Prescott, de New Scotland Yard, inclinó la cabeza. Allá, al otro lado del luminoso y amplio ventanal, el río y el hospital de Santo Tomás eran la tradicional panorámica que cualquier turista esperaría ver ante sus ojos, del Londres eterno. Sólo que ambos hombres la tenían demasiado vista para prestarle la menor atención. Tras una pausa, el superintendente se frotó la mandíbula, reflexivo, y añadió despacio—: La verdad, inspector Davis, es que... no es mucho.

—No, señor. No es mucho.

—¿Lo reconoce usted? —se sorprendió, al parecer, el superintendente.

—No tengo otro remedio, señor —confesó el inspector, con un levísimo encogimiento de hombros, dejando vagar su mirada por encima de Victoria Embankment y Westminster Bridge.

—Inspector Davis, usted mismo me dijo, no hace mucho tiempo, en este mismo despacho, que pensaba realizar el trabajo eficientemente, sin detenerse ante problema alguno, atacando de modo directo todo asunto que se le presentara en su carrera profesional.

—Es cierto, señor.

—Ahora ha tenido una oportunidad concreta: casi ha sido testigo de un crimen. Ha llegado momentos después de cometerse

éste. ¿Y qué ha conseguido? Prácticamente, nada. El asesino se escapó de sus manos como si las tuviera metidas en agua y él fuese una anguila. No lo atrapó, a pesar de seguirle de cerca. No tiene la menor idea de adonde fue, pese a ser previamente atacado por él, y luego seguir unos indicios que su mente recordaba, después del golpe. ¿Puede explicarme eso, inspector?

—Puedo explicárselo, señor. Vi huir al hombre. Le vi aproximarse a una zona de sombra, junto a un vehículo. Se hundió en la penumbra de una calle. No vi más. Al recuperarme, le seguí hacia esa calle.

—¿Y...?

—Y usted sabe el resto —resopló el inspector Davis—. Era Downing Street.

—Downing Street —repitió calmadamente el superintendente Prescott—. Precisamente, Downing Street. Una calle que, en la hora vespertina, tiene todas sus puertas cerradas, inspector.

—Todas... menos una, señor —rectificó, fría y rápidamente, Davis.

—Oh, eso es. Seamos exactos —había cierto sarcasmo en el tono de la voz del alto, anguloso, solemne y sobrio superintendente Prescott, a quien sólo faltaba ahora el clásico hongo que, por cierto, llevaba al pisar las calles de Londres, para ser el prototipo ideal del ciudadano británico por excelencia. Añadió, corrosivo—: Todas, menos una: la puerta del número diez. ¿No es eso; inspector Davis?

—Eso es: la puerta número diez de Downing Street,

—Y esa puerta pertenece...

—...Al domicilio particular del primer ministro del Reino Unido —aceptó serenamente Wade Davis, inspector de New Scotland Yard—. No tiene que aclararme el punto, señor.

—Muy bien. Alabo su sentido del humor, inspector Davis. Pero no así su sentido de la orientación. Usted sabe que esa calle está vigilada. En torno, todo son edificios oficiales de la Corona. El Gobierno y sus más importantes departamentos oficiales se hallan en esa breve calle, tan conocida no ya en Inglaterra, sino en todo el mundo. ¿Cómo supone que un asesino, precisamente un asesino, elegiría esa calle para evadirse de una persecución policial? Es como si un delincuente acosado, al ver abiertas unas puertas, se adentrara en ellas, a sabiendas que le conducían al fondo mismo de

las celdas de Newgate (1).

(1) En Newgate Street, se halla situada la edificación del Palacio de Justicia, también conocido como Oíd Bailey. Antes, fue la Prisión de Newgate.

—Tal vez si no había otras abiertas, y él ignoraba el lugar en que se metía... —aventuró tímidamente Wade Davis.

—Inspector, estamos hablando en serio —le cortó acremente su superior, dando un seco golpe con la mano abierta sobre su mesa—. Usted y yo sabemos perfectamente que ningún maleante inglés se metería en Downing Street, aunque le persiguieran cien policías. Es algo así como hundirse en una ratonera. Además... el agente de servicio no vio a nadie. Los agentes situados en Saint James Park, tampoco. ¿Qué me dice de eso? El hombre no pudo volatilizarse en la calle. Y dudo mucho que Funny Face pudiera hallar alojamiento en ninguna puerta de Downing Street... Especialmente, en la número diez.

—Estamos de acuerdo —suspiró Davis, ceñudo. Meneó la cabeza—. Sin embargo, insisto en ello, señor. Downing Street estaba ante mí en la niebla. Entonces no sabía siquiera la calle que era, en la excitación de la caza. Luego, al rehacerme, al avanzar hacia donde viera a mí hombre... comprobé que era ésa la calle. Pregunté al agente. Confieso mi fracaso. El no vio nada. No sé adónde se metería el fugitivo. Pero no hay duda de que se adentró en esa calle. Lo que luego sucediera no es cosa mía.

—Su informe ha sido suficiente para que legiones de agentes de Scotland Yard, y hasta de Seguridad nacional, investigaran la calle. El último informe que he recibido habla del resumen final de la búsqueda: negativo, Davis. No hubo nadie ajeno a esos centros durante todo el día de ayer. No se ha detectado presencia anormal alguna. Dadas las rigurosas medidas de seguridad adoptadas desde que comenzaron los atentados terroristas irlandeses en territorio inglés, debemos dar como buena esa información. En resumen, Davis: no hubo medio de que su hombre se evaporase en la calle Downing. Por tanto, tomó otra dirección, tal vez después de perder usted el conocimiento...

Wade Davis vaciló un solo instante. Fue muy breve su duda. Luego, inclinó la cabeza, casi sumiso.

—Está bien, señor —admitió—. Pudo suceder así, no lo dudo.

Soy humano. Y había sufrido un duro golpe. Quizá me equivoqué, y el endiablado tipo se evadió hacia Horse Guards Avenue, o hacia Parliament...

—Eso está mejor. —El superintendente extendió un informe a su subordinado, con gesto mecánico, de pura rutina—. Firme ahí, se lo ruego. Es todo lo que necesito, por el momento. Al menos esta vez hubo un testigo casi directo del asesinato cometido por Funny Face...

—Casi, superintendente —le rectificó Davis, al repetir la palabra—. Recuerde que no llegué a tiempo al Gardens Club, para ver cómo asesinaban a aquella pobre muchacha... Sólo con el suficiente para ver su cadáver, aún con la sangre recién derramada... y para seguir el rastro de un asesino endiablado que, contra mis piernas, por veloces que fuesen, oponía la utilización de su mejor medio de evasión en esa tarde de niebla, con tan escaso tránsito por la zona occidental del río...

—Una simple bicicleta, ¿verdad, inspector? —suspiró el superintendente Prescott, con tono cansado.

—Exacto, señor: una simple bicicleta...

* * *

—Una bicicleta, sí. Nadie pensó en ello, pero es un medio muy hábil de eludir una persecución a pie, inspector...

—Es lo mismo que he pensado yo, señor Young —asintió, con aire abstraído, el inspector Wade Davis, de Scotland Yard—. Tan vulgar como eficiente. Nada de coches, de posibles problemas de tráfico... Una bicicleta puede filtrarse por todas partes, en especial si es bien manejada. Ese ha sido el caso actual. Imagino que ninguno de sus clientes acostumbra a venir al club en bicicleta...

—Pues dudo mucho de que lo haga, inspector —medio sonrió Michael Young, sacudiendo la cabeza—. Todos ellos acostumbran a venir en coche. O, cuando menos, en motocicleta, si son muy jóvenes. Usted ya sabe cómo son los muchachos de ahora, no importa cuál sea su sexo...

—Sí, tengo una ligera idea —rio entre dientes el policía, con gesto expresivo—. ¿Y sus empleados, señor Young?

El muy pelirrojo, delgaducho y expresivo Michael Young, a quien todos sus clientes habituales llamaban amistosamente Mike —para eso era, en una sola pieza, empresario, jefe de barra y *disk*

jockey de su club, frente a Victoria Tower Gardens, en Millbank—, parpadeó rápidamente, antes de responder con cierto aire enfático:

—Oh, inspector, nunca he controlado los medios de transporte de mis empleados... Personalmente, desearía un «Rollos», pero debo conformarme con un «Minor». Es lógico que algún camarero venga a mí casa en motocicleta... e incluso en bicicleta, si no tiene otro medio de transporte. En especial, desde que el mundo conoció los problemas de la energía. Ya me entiende: la carestía de la gasolina y todo eso...

—Yo no me preocupo ahora por los problemas del petróleo, sino por algo mucho menos trascendente a escala mundial, e incluso nacional, y muchísimo más en lo que se refiere a mí tarea y la suya: a un asesino que, aún no hace muchas horas, mató a alguien en su propio negocio, señor Young.

—No necesita recordármelo, inspector —gimió el empresario del Gardens Club. Su mirada, muy azul, reveló inquietud, cierto temor incluso—. Esa pobre muchacha, Sheila...

—¿La conocía acaso?

—Conozco a muchos de mis clientes, aunque sólo sea como tales. Sheila Brent era una muchacha encantadora. La pelirroja más alegre y divertida que jamás pasó por Gardens Club. Nunca un problema, nunca un gesto desabrido... Todo lo aceptaba de buena gana, siempre tenía una sonrisa, un comentario divertido... Bailaba, cantaba, hacía palmas cuando alguien tomaba su guitarra y comenzaba a cantar algo personal... Todos la querían, pobre Sheila... Me he prometido que iré a su funeral. Tengo que hacerlo. Es una obligación ineludible, inspector.

—Pero allí no cantará Roger Whitaker. Ni los Beatles o los Rolling Stones, amigo mío —dijo amargamente Davis, entornando sus fríos ojos color de pizarra, color de acero, color de plomo, si el día era gris y nublado como éste—. Allí no habrá nadie que haga palmas o que beba una jarra de *ale* por ella...

—Oh, claro que no —rezongó sombríamente Mike Young—. Es su funeral, inspector. Lo sé muy bien. Pero todos sus amigos, todos los que fuimos algo o alguien para ella, estaremos allí con ese motivo...

—«Todos los que fueron algo o alguien»... —repitió, repentinamente ceñudo, Wade Davis—. Entiendo, Young. Creo que

también yo estaré presente. No conocí nunca personalmente a Sheila Brent, pero creo que debió ser una buena chica. Sí... Estaré allí mañana, palabra... Estaré allí mañana, amigo Young...

* * *

Y allí estaba.

Era algo más que una promesa hecha a un empresario y *disk jockey* de un club de baile para la juventud londinense de los programas vespertinos.

Era una obligación. E incluso una corazonada.

Todos eran jóvenes, habitualmente, los que concurrían a clubs como el Gardens. Pero él se ocupaba de todos los presentes, jóvenes o maduros. Supo luego que había músicos, cantantes, melómanos y simples habituales del club, entre todos los numerosos presentes a las honras fúnebres por una muchacha bonita, atractiva y alegre, muerta brutalmente una tarde laborable, en un club londinense de música moderna, no lejos del Támesis, y tampoco demasiado lejos de todo el gran núcleo gubernativo y jurídico del país.

La mayoría conducían pequeños coches utilitarios, con profusión de coches «Morris» o «Austin» de tamaño pequeño. Otros, ruidosas motocicletas decoradas con adhesivos de agresiva significación. Algunos, incluso... con bicicletas.

Wade Davis examinó todas ellas, una a una, mientras los oficios fúnebres se iniciaban. Y también cuando tocaban a su fin. El funeral, para él, era solamente un escenario. No era preciso estar dentro de la capilla para sentir la muerte de una hermosa muchacha de diecinueve años, admirable por su juventud, arrogancia y buena anatomía, bajo la llamarada de su roja cabellera. Lo lamentaba del mismo modo, mientras se afanaba en buscar una pista, una sola, cualquiera que fuese, que pudiera conducirle a Funny Face, el asesino.

Al criminal de la máscara de payaso que ríe, evadido con una bicicleta, en la tarde neblinosa.

Al asesino que le burló ante Downing Street, dos días antes.

Las bicicletas se habían puesto de moda cuando los combustibles energéticos empezaron a escasear o a hacerse demasiado caros para los jóvenes. Muchos de éstos decidieron utilizar bicicletas, y luego se encariñaron y continuaron haciendo de ellas su medio de transporte preferido.

Eran livianas, poco costosas, de simple manejo, de fácil maniobra. Sin problemas de aparcamiento, sin combustibles costosos. Y sin dificultades en el denso tráfico londinense... Lo que quería, justamente, la gente joven.

Hileras de bicicletas. Algunas, con caprichosos colores y accesorios. Las más, con alusiones de cuanto gustaba a los muchachos: pacifismo, rebeldía, crítica, sexo...

De repente, Wade Davis se paró ante una de ellas.

La alta figura esbelta y firme del joven inspector de Scotland Yard permaneció firme y rígida ante el liviano vehículo de dos ruedas. Estudió sus características especiales, las que habían atraído justamente su atención: aquellos dos fluorescentes verdes de la parte posterior, el color escarlata del armazón, el manillar con remates igualmente luminiscentes en la noche o en la oscuridad intensa, del mismo tono verde de los adhesivos posteriores...

Era la misma. La misma bicicleta.

La bicicleta del asesino.

Miró atrás, a la puerta de la capilla. Uno de los ocupantes era el dueño de aquel vehículo. Faltaba saber si era, también, el asesino...

Capítulo III

RASTROS PERDIDOS

—¿EL asesino? ¿Yo? ¡Cielos, inspector! ¿Es que se ha vuelto loco?

—Responda con educación, jovencito. Le hice una pregunta. Responda y será suficiente.

—¡Pero inspector! ¡Usted ha sugerido si yo... si yo maté a Sheila!...

—No, muchacho —negó enérgicamente Wade Davis—. No he sugerido eso. Solamente le he dicho que su bicicleta fue utilizada por el hombre que mató a Sheila Brent. Añadí una simple pregunta: ¿fue usted quien la utilizó anteayer por la tarde, después de morir Sheila en la pista de baile del Gardens Club?

—Que es lo mismo que si me preguntara si yo la asesiné, inspector —sostuvo, con energía algo agresiva, el joven de azules pantalones de pana y camisa a medio abotonar, larga melena y barbita incipiente, rala y descuidada, bostezando al echarse atrás en el asiento de Scotland Yard—. Vamos, vamos, ¿a dónde quiere llegar con esas preguntas? Dicen que la policía coacciona a los interrogados, y empiezo a pensar que eso es cierto, y este organismo sólo busca justificar su fama buscándose un culpable cualquiera, a ser posible entre nosotros, los jóvenes, para salvar su prestigio y, al mismo tiempo, moralizar sobre la decadente, corrompida y triste juventud actual, ¿no es cierto?

Al mismo tiempo, bostezó y puso sus piernas con indolencia sobre la mesa, como si fuese a darse una confortable siesta.

Rápido, Davis se inclinó sobre el joven. Le hizo bajar las piernas con un manotazo brusco y, apenas el muchacho intentó engallarse, él se precipitó sobre él, pegó su rostro al del otro, aferró sus solapas de dril con mano ruda y espetó, virulento:

—¡Escucha, mocoso! ¡Hace un par de años yo iba a los mismos sitios que tú vas, vestía de modo parecido a ti y me embriagaba la música *beat*, el estilo *pop*, la línea *in* y me daba las mismas náuseas lo que está *out*! Pero ocurre, muchachito, que sigo pensando igual, que me embeleso en una discoteca, que prefiero oír a los Beatles antes que a la Orquesta de Cámara, y que me siento más cerca de ti que de los sesudos caballeros que compran y venden acciones en la City. De eso a pretender que un policía sea una especie de ogro reaccionario que sólo busca culpables hay un abismo. Acabo de ser nombrado inspector, y me tienen sin cuidado los méritos, porque pienso que un hombre es algo más que simples cifras, referencias y buenas opiniones sobre él. He sido policía de uniforme antes de ahora, mis simpatías personales han estado repartidas indistintamente entre los manifestantes y los que pedían cordura, según fueran los casos. Pero de eso a ponerme siempre, por sistema, junto a los que gritan y protestan, tengan razón o no, hay también su diferencia.: Yo no te pido tu criterio, tan respetable como el mío o como el del primer ministro, sobre el Mercado Común, la influencia americana en el mundo, la expulsión de los escritores soviéticos o la marcha de la eterna guerra árabe-israelí. Lo único que te pido es un testimonio personal sobre algo que ha ocurrido ante nuestras narices: las tuyas y las mías por un igual, joven rebelde y despreciativo. ¡Y ese algo es la muerte cobarde e inicua de una muchacha que no merecía ser asesinada! ¿Estamos de acuerdo en eso o no, camarada *beat*?

Tratado como él acostumbraba a tratar a los demás, y coincidente en tantas cosas con la mentalidad abierta y amplia de aquel joven policía sin prejuicios, el joven *beat* vaciló en sus convicciones previas, y llegó a sentirse incómodo, desasosegado bajo la mirada fría y penetrante de su interlocutor, a quien trató de eludir con un comentario evasivo:

—Bueno, yo... Vistas las cosas así, inspector... No creí que me pidiera ayuda, sino que me estaba acusando...

—Jovencito, cuando acuse a alguien será formalmente y sin

rodeos —manifestó acremente Wade Davis, echándose atrás un poco—. Sólo pido cooperación a un joven, para que demuestre que nuestra juventud no sufre los mismos errores y defectos que estamos atribuyendo a «la otra» generación. En suma: tenemos que lograr que el cerdo que mató a Sheila, sea joven o maduro, adolescente o anciano, pague su crimen. Bajo la máscara de goma del payaso riante que todos vieron huir del Gardens Club aquella tarde, ¿quién se ocultaba? No lo sabemos, pero quienquiera que fuese, hurtó tu bicicleta y escapó. Estamos en eso, jovencito. Concluyamos de una vez: ¿sabes quién lo hizo?

—No, cielos. ¿Cómo iba a saberlo? —gimió el muchacho, perdida toda su altivez.

—Entonces, no lo sabes. Pero sí sabes algo: te quitaron la bicicleta anteayer, ¿no es cierto? Vamos, confiesa eso. Nadie te va a culpar de nada por ello.

—¿Seguro, comisario? —dudó el muchacho.

—Escucha, hijo —se sentó de súbito ante él—. Te llamo «hijo», y tengo sólo cinco o seis años más que tú. Eres Skip Taylor, asiduo del Gardens y de otros diez clubs juveniles de Londres, al menos que me conste. ¿Imaginas que te veo como culpable de nada? Vamos, vamos... Sólo quiero tu respuesta. ¿Te robaron la bicicleta o no?

—Sí —susurró al fin el muchacho, inclinando la cabeza—. Me la robaron, inspector. No me atreví a manifestar eso tras el crimen, pero... no estaba en el aparcamiento del club cuando salí, tras el asesinato. Tuve que irme a casa por mi pie...

—Pero ahora la tienes ahí afuera, como si nada hubiera ocurrido.

—Sí, inspector. La recuperaré...

—¿La recuperaste? —los grises ojos de Wade Davis brillaron en su rostro joven, anguloso y viril, con rara energía—. ¿Cuándo y cómo, Taylor?

—No se lo creerá, inspector. Pero ayer, cuando me levanté para ir al trabajo... estaba allí, justo donde siempre la dejo: delante de mi casa. Y como si nada hubiera ocurrido...

* * *

Era una buena fotografía.

A todo color, limpia y detallada. Un primer plano impresionante. Habían tenido que darle un leve corte sobre el busto, para que

los senos solamente aparecieran en la imagen justo hasta donde la moralidad periodística exigía. Wade Davis miró el resto, cortado por la tijera de los fotógrafos del Weekly Pop, y se dijo que era una pena que los lectores del magazine semanal ilustrado no llegaran nunca a conocer aquella parte de la imagen fotografiada de una belleza como la de la pelirroja, juvenil y espléndida Sheila Brent. Pero así eran las cosas, y así había que aceptarlas.

—¿Va en la portada? —preguntó, con cierto tono superficial.

—Sí —afirmó Brenda Weston, volviéndose a él. Agitó la copia en color de la fotografía, con gesto pensativo—. Era una chica representativa de la juventud inglesa: taquimecanógrafa, aficionada a la música *beat*... y modelo publicitaria a veces. Casi un símbolo, Wade. Y la han matado. El director quiere una crónica sobre todo eso. Quiere demostrar que la juventud no siempre es culpable, sino víctima.

—Y, a veces, está en medio de todo eso —comentó irónico Wade—. Si quieres, te puedo dar una fotografía mía para ese símbolo en particular, Brenda...

—Oh, no. Podría causar un trauma entre las lectoras del sexo femenino —se apresuró a reír Brenda Weston, con aire divertido—. En serio, Wade: esto no parece un vulgar delito juvenil, de esos que lanza la opinión pública contra los adolescentes de, hoy.

—Hablas como miembro de esa juventud, Brenda. No puedes olvidar tus veinte años. Ni yo mis veintitrés —suspiró, con aire preocupado, Davis—. Pero, ciertamente, los jóvenes actúan con insolencia, a pecho descubierto. No creo que usen máscaras de goma con rostros de payasos decadentes. No es cosa de nuestro tiempo, salvo que se atraque un Banco o se ponga una carga explosiva en nombre de una Irlanda libre y cosas parecidas... Brenda, quiero creer que este crimen es cosa de una persona de otra generación, y de hecho lo creo. Mike Young, el empresario del Gardens, es un muchacho joven. Skip Taylor, dueño de la bicicleta en que escapó el asesino, también. Ninguno de ellos, personalmente, me parece mezclado en el crimen. Pero, entonces, ¿por qué lo hicieron? ¿Quién pudo ser?

—Eso se pregunta el Weekly Pop, Wade —admitió Brenda, con una deliciosa expresión intrigada en su rostro ovalado, que los cabellos claros, casi rubios, enmarcaban graciosamente. Sus ojos

verdosos centelleaban, agudos, y su boca carnosa tuvo un mohín travieso—. Pero no hay respuesta por el momento. ¿La tiene Scotland Yard?

—Scotland Yard no tiene nada —refunfuñó Wade—. Yo, personalmente, no tengo nada. Sé que alguien, con un largo, ridículo y amplio impermeable, con unos guantes de plástico oscuro y una careta de payaso, apareció de repente entre las luces parpadeantes del Gardens Club y, en plena pista, clavó a la bella Sheila Brent, durante el baile de una pieza *beat*, un afilado estilete en plena garganta. Luego, escapó en medio de la confusión, mientras la sangre salpicaba a los más cercanos bailarines. Las luces oscilaban, en un momento particularmente sombrío de tonos, sin duda elegido hábilmente por el asesino, y éste tuvo ocasión de escabullirse, saliendo del local.

—Y ahí entras tú... —le recordó, con cierta ironía, la joven periodista, mirándole fijamente.

—Exacto. Ahí entro yo... sólo porque pasaba ante el club, de regreso de mi día de fiesta. Fue un mal final para esa fecha, Brenda. Perseguí al que huía, cuando oí gritos de alarma. Alguien me dijo que una muchacha había sido asesinada por Funny Face, y llegué a tiempo de vislumbrar su máscara de goma, con la sonrisa absurda de un payaso. Tomó una bicicleta. Sólo vi su color escarlata, los adhesivos fluorescentes verdes... Corrí tras él en la niebla, sin poder disparar mi arma, por miedo a herir a cualquier transeúnte inocente. Llegué hasta un punto determinado, donde de repente fui agredido, caí... y el asesino escapó, hasta perderse de vista.

—¿Y ese sitio fue...?

—Oh, ¿qué importa eso? —se evadió prestamente Wade Davis, desviando la mirada—. Lo cierto es que debí equivocarme su ruta al sufrir el golpe y... lo perdí definitivamente, Brenda.

—No recuerdo haberte oído mencionar una sola vez el lugar donde se te evadió el criminal —meditó en voz alta ella, arrugando el ceño, aún con la fotografía de Sheila en sus manos—. Tampoco lo he leído en ningún diario, que yo sepa. ¿Qué ocurre, Wade? ¿Es secreto del sumario, quizá?

—No, no es eso —cortó él, con cierta aspereza—. Es que... no vale la pena. Ni siquiera yo mismo supe dónde ocurría. La niebla era densa, la tarde oscura, muy avanzado ya el anochecer... y eso

fue tocio. ¿Es que piensas hacerme un reportaje para tu periódico?

—No sería mala idea —sonrió ella—. Pero soy solamente *repórter* gráfico, recuerda. No escribo crónica alguna: pongo la ilustración a lo que los demás redactan.

—Ya —miré de nuevo, inevitablemente, el trozo censurado del torso de la pelirroja Sheila Brent—. ¿Tú tomaste esa fotografía, tal vez?

—Además de fotógrafo de mi periódico, Wade, acostumbro a llevar su fichero fotográfico —comentó ella, con sarcasmo—. Esta clase de fotografías no acostumbramos a hacerlas las periodistas, Wade, sino los fotógrafos de arte. Pregunta a Larry H. Scott, y él te podrá dar la respuesta.

—¿Larry H. Scott? —se interesó Wade—. ¿Es el fotógrafo que hizo eso?

—Sí. Tiene un estudio de arte en New Oxford Street. Se le conoce por su segundo apellido, el de Scott. Pero en realidad se llama Larry Harrison Scott. Sólo que oculta su primer apellido a la popularidad profesional, para que nadie diga que se aprovecha de la personalidad de su hermano para triunfar. Y realmente... no la necesita en absoluto.

—¿Su hermano? —se asombró el joven inspector—. ¿Quién es, Brenda?

—Cielos, ¿es que tan poco interesa la política nacional a nuestros brillantes agentes de New Scotland Yard?

—¿La política, dices? No querrás decir que ese fotógrafo es...

—Sí, Wade. Ese fotógrafo, Larry H. Scott, es el hermano de Edgar Harrison, nuestro primer ministro. Y, por cierto, con un singular parecido físico al *premier*...

* * *

Wade Davis contempló al hombre joven aún, posiblemente menor de cuarenta años y, sin embargo, de canosos y abundantes cabellos bien peinados.

Había en él una cierta arrogancia, una distinción natural, imposible de ocultar. Por si ello fuera poco, el estudio fotográfico en New Oxford Street, junto a Charing Cross, era de indudable suntuosidad y buen gusto, tanto en su recepción como en las instalaciones dedicadas a fotografiar a los modelos de turno, ya fuesen famosos hombres de la política, la sociedad, la cultura o el

deporte, o mujeres prestigiosas de la mejor esfera, mezclándose a veces con celebérrimas modelos publicitarias, cuya figura y rostro se popularizaban en la televisión, el cine y las grandes pancartas propagandísticas.

—Bien, inspector Davis, sigo esperando conocer el motivo de su amable visita... —manifestó con sencillez, como si nada de todo aquello pudiera molestarle o preocuparle particularmente.

—El motivo es sólo uno, señor Scott. ¿O prefiere que le llame Harrison? —insinuó, con naturalidad, Wade.

—Scott estará bien —sonrió afable el fotógrafo—. Mientras mi hermano sea lo que ahora es, e incluso se siente en la oposición parlamentaria... prefiero seguir siendo solamente Larry H. Scott, en vez de Lawrence Harrison, como me conocen en casa de mi hermano.

—Entiendo. Allí, sigue siendo Lawrence Harrison, como familiar del ocupante oficial del diez de Downing Street —remarcó esto último Wade Davis como al azar, para añadir seguidamente, casi sin solución de continuidad, pero muy fija su mirada gris y acerada en el rostro halconado y sobrio del fotógrafo—: Y aquí, sólo Larry H. Scott, fotógrafo de personalidades del gran Londres.

—Eso es. Usted ha dicho que el motivo era sólo uno —no parecía haber la menor alteración en el gesto de aquel hombre, tan singularmente parecido en lo físico a su hermano, el primer mandatario del Gobierno británico actualmente en el poder—. ¿Cuál, inspector Davis?

—Sheila Brent —dijo Wade, escueto.

Hubo un breve pestañeo en los ojos oscuros, vivaces y penetrantes del que tanto recordaba físicamente al hombre de Gobierno. Luego, movió la cabeza despacio, en sentido afirmativo.

—Entiendo —dijo—. Esa muchacha recién asesinada en un club juvenil...

—La misma. He visto una espléndida fotografía suya, a punto de publicarse en la primera página del Weekly Pop... No entera, por supuesto. Pero lo menos recortada posible.

—Ya —una especie de leve mueca irónica asomó al sombrío rostro calmoso del fotógrafo—. Imagino cuál es. La más reciente, y la mejor, por añadidura.

—Sí. Brenda es muy hábil en elegir siempre lo mejor en

fotografía.

—¿Brenda, ha dicho?

—Oh, no se preocupe. Es una amiga. Trabaja en la sección gráfica del Pop. Señor Scott, ¿usted conoció personalmente a Sheila Brent?

—Ni más ni menos que a todos mis modelos, hombres o mujeres —manifestó, con cierta sequedad, el fotógrafo de New Oxford—. Si lo que busca es un posible romance, le diré que, aunque soltero, y sin que significara escándalo alguno para mí o para mi hermano, un posible idilio como Sheila Brent... éste no se produjo jamás, ni de lejos, inspector.

—No busco nada sinuoso, puede creerme. Soy solamente un policía, no un periodista que olfatea sensacionalismos, señor Scott. Es Sheila quien me interesa, no usted. Pero ella está muerta y no puede hablar. Por eso le pregunto a usted cosas que puedan parecerle molestas o equívocas. ¿Sabe de alguien que tuviera relación con ella, alguna persona que, aparte sus poses profesionales, la acompañase aquí para posar particularmente, o que hablara con usted acerca de ella?

—No, inspector. No sé nada de nadie. Siempre vino sola al estudio. Sheila no era una muchacha vulgar, sino una joven muy inteligente y seria. Cuando posaba, estábamos absolutamente solos ella y yo. Si la fotografía era ligeramente audaz, aunque nunca demasiado, su exposición ante la cámara era del mínimo tiempo. En suma: si lo que busca aquí es una información sobre cualquier posible motivo para su muerte, le diré algo: ella no hubiera nunca revelado, a mí o a cualquier otro relacionado con su vida profesional, cosa alguna sobre su vida privada. Ni creo que su muerte tuviera nada que ver con eso. Según mis informes, el asesino de la cara alegre, ese hombre que se oculta tras la máscara de un payaso que ríe, había matado ya a tres muchachas de parecida edad y situación a la de Sheila Brent. En ninguno de esos casos conocí personalmente a las víctimas. Es de suponer que el hecho de que ahora sí conociera relativamente a la cuarta víctima, nada puede significar en especial, ¿no, inspector?

Wade Davis le miró muy fijo. Pareció a punto de decir algo. Luego, lo pensó mejor. Y se limitó a responder, encaminándose ya a la salida:

—Sí. Creo que tiene razón, señor Scott. De todos modos, confiaba en usted para tener alguna referencia más respecto a Sheila Brent. Pero, como usted muy bien dijo, ella es solamente la cuarta víctima del asesino. Y también cuentan las otras tres, qué duda cabe... Sean ellas quienes sean, cuentan... y mucho. Gracias por recordármelo.

Cuando se ausentó, con una cortés inclinación, sin añadir más, Larry H. Scott se quedó mirando hacia la puerta, profundamente pensativo. Como preocupado. Y mordiéndose el labio inferior, como si lamentara no haber dicho algo que se había quedado dentro de él...

Capítulo IV

VARIAS VICTIMAS... Y UNA MÁS

HABÍA terminado la evocación de una de las primeras y grandes épocas de los Beatles: *Is in a hard, day's night* se extinguió en el estéreo. Ahora era *Let it be* la que entonaban los cuatro de Liverpool.

Afuera, como un complemento a la música y al ambiente, lloviznaba de modo lento y tedioso. En el estudio luminoso y amplio, que ahora ofrecía el gris claroscuro de la tarde, se extendía la musicalidad de los cuatro muchachos geniales, Paul, George, John y Ringo, en la evocación grabada del disco.

Brenda fumaba un cigarrillo emboquillado, tendida en la alfombra peluda, color fresa, junto a uno de los *baffles* del estéreo. Wade Davis la contemplaba, saboreando un *gin fizz*, con su camisa estampada y su pantalón claro, tan poco acordes con todo un inspector de New Scotland Yard. Pero muy en consonancia con su juventud, su alta figura esbelta, sus largas piernas, su indolencia y su aire ausente y distraído, de muchacho de hoy, cuyos profundos ojos grises buscaban algo más que el gris del ambiente taciturno en la tarde monocorde y tristona del Londres invernal.

En los muros, posters y grabados de viejos cómics puestos de moda por las corrientes *snobistas*, jugaban a un delirante torbellino de colores e imágenes, desde amarillos submarinos, motocicletas en negativo, cabellos a lo *hair*, siluetas a lo *oh, Calcutta*, y las imágenes de siempre de Superman, Modesty Blaise o Charlie Brown.

Ciertamente, el estadio personal e íntimo de Wade Davis, en su

ático londinense de Chelsea, distaba mucho de ser el reducto frío y solemne de todo un caballero funcionario de New Scotland Yard. El superintendente Prescott se hubiera escandalizado allí. Pero Wade era otra generación, otro tiempo, otra mentalidad. Él no pretendía ser mejor o peor. Sólo pretendía ser diferente. Y que le dejaran serlo.

Luego, cuando se ponía en pie de guerra y era solamente «el inspector Davis», todo esto quedaba atrás, como una parte de su propia vida que no pertenecía a la rutina y a la profesionalidad. Ni al público, por supuesto.

Pero Brenda Weston no era el público. No podía serlo.

Ella era solamente... Brenda. Fotógrafo del Weekly Pop, eso sí. Sólo que eso era también su personalidad profesional. La otra, la íntima, encajaba con Wade y su modo de ser y de ver las cosas. Una tarde sin servicio, entre música *beat*, brumas londinenses tras las vidrieras, calor amable en el estudio, magazines diversos, desde Playboy hasta Goal!, y un pequeño televisor portátil, de color, casi siempre sin funcionar, a menos que transmitiera rugby, fútbol o boxeo. Lo demás, según Wade, «no valía la pena». Para ver una película mediocre, valía más meterse en un cinematógrafo. Era más independiente y menos coactivo para el hombre.

Y ahora, Brenda y él escuchaban música *beat*. Bebían y fumaban con indolencia. Sin afán de diversión, pero sí como una evasión común a su propio mundo, delimitado por los vidrios de los ventanales y por la bruma británica, adherida a ellos como una lengua gris e informe que pretendiera lamer las vidrieras y succionarles luego a ellos, en un remedo de los tremendos peligros que jalonaban la ruta hacia Pepperland.

También trabajaban, en cierto modo.

Juntos, estudiaban aquellas grandes fotografías en color, delicada atención de Brenda a la labor profesional de Wade. Los buenos camaradas se ayudaban así, llegado el momento.

Entre sus manos, parecían flotar, más que sostenerse, las grandes cartulinas brillantes, en vivos tonos de «*kodakcolor*». Eran rostros de mujer. Cuatro rostros de mujer, para ser exactos.

Cuatro. Sheila Brent... y otras tres.

Todas tenían un común denominador bien visible: la belleza física. También la juventud.

Y un denominador común bastante menos visible: la Muerte.

Todas ellas estaban muertas. Sheila Brent... y las demás.

Todas eran víctimas de un mismo criminal: Funny Face. El asesino del rostro que reía, de la faz de payaso, grabada en una máscara de goma que podía adquirirse por un vulgar chelín en cualquier tienda de Londres dedicada a vender efectos de diversión y disfraces o motivos festivos.

Wade había examinado atentamente aquellos rostros. El de Sally, el de Dianna, el de Margaret...

Sally, Dianna y Margaret, justo por este orden. Víctimas uno, dos y tres de Funny Face. Sheila fue la cuarta. Ellas cayeron en sitios parecidos al Gardens Club: la Marlborough Discothèque, el Club 500, el Old Palace... Todos ellos en Westminster. Todos ellos relativamente próximos entre sí. Y próximos al curso del río, al parque de San Jaime...

Wade Davis suspiró, dejando caer las grandes fotografías de lustrosa, brillante cartulina, como inmensas hojas caídas de un árbol humano.

—Estoy seguro, Brenda —dijo al fin, casi mordiendo las palabras.

Ella le miró, estirando sus piernas sobre la alfombra.

—Seguro... ¿de qué? —se interesó, trazando imaginarias siluetas con su dedo, entre el peluche fresa de la alfombra esponjosa y cómoda.

—De muchas cosas —manifestó Wade—. Entre otras, del radio de acción del criminal.

—¿Qué radio de acción? —los ojos verdes de ella se animaron ostensiblemente al mirarle.

—Westminster. No sale nunca de esa zona.

—Es bastante amplia por sí sola, ¿no crees? ¿Significa algo de por sí?

—Tal vez no. Pero siempre actúa por ahí. Jamás mató más arriba de Waterloo Bridge. Ni más abajo de Lambeth. Ni más al este del río. Ni más al oeste de Saint James Park...

—Sigue siendo un área muy grande. Y llena de lugares para matar a chicas jóvenes y alegres, como parece ser su norma —recitó Brenda—. Sally, a la salida de la discoteca Marlborough... Dianna, en los lavabos del Club 500, tras alejarse la señora de servicio, a

causa de una misteriosa llamada que nunca se aclaró... Y Margaret, en el Old Palace, junto a los vestuarios... Los crímenes fueron siempre rápidos, precisos, terriblemente eficaces, Wade. Una cuchillada, la inyección de aire en la sangre, una estrangulación fría y segura en breves instantes, con un lazo de seda... Todo terriblemente tradicional, que diría nuestro inefable compatriota Holmes, si levantara la cabeza, suponiendo que alguna vez hubiera existido realmente, fuera de la imaginación de Conan Doyle...

—Te muestras demasiado literaria —se irritó Wade, al tiempo que en el tocadiscos, *Let it be* se extinguía, dejando paso a los primeros compases de James Paul Mac Cartney y su *Yesterday*—. Olvida a Doyle, a Sherlock Holmes y todo lo demás. Esas cuatro chicas son las que cuentan. Lo demás estuvo bien. Has descrito fielmente sus trágicos finales. ¿Tanto te preocupa este caso, Brenda?

—Lo suficiente como mujer, como lectora de diarios y como periodista, aunque sólo sea para aportar fotografías. He podido observar un factor común a todas ellas: juventud y belleza.

—Son dos factores, Brenda. De los que tú compartes una gran dosis, aunque resulta poco agradable mencionarlo.

—Resulta funesto, Wade —le miró ella con reproche—. Espero que no pienses relacionarme mentalmente con esas cuatro desdichadas jóvenes...

—Dios no lo quiera —se escandalizó Wade, incorporándose—. Yo sólo hablaba de belleza, de juventud...

—Yo hablaba de muerte, Wade —cortó ella, serena, pero rotunda—. Esta es una reunión trivial y amistosa, pero no lo es el tema que nos ocupa.

—Cierto. No quise dramatizar demasiado.

—Es dramático, sin necesidad de subrayarlo. Son cuatro muchachas hermosas, jóvenes, inocentes. Y muertas, Wade. Muertas. Asesinadas. ¿Qué hizo Scotland Yard hasta ahora?

—Es confidencial. Pero entre nosotros te diré que... nada. No hemos hecho nada. No por falta de ganas, Brenda. Es que... no hay nada. O casi nada.

Wade Davis había vacilado un momento, antes de volver a echar una ojeada a los descartes gigantescos de aquella corta baraja formada por cuatro damas rubias, castañas o pelirrojas: cuatro víctimas de un feroz y anónimo asesino que actuaba sólo en City of

Westminster.

—Casi es algo. —Brenda se arrastró por la alfombra. El peluche fresa rozó sus bien formados muslos—. Wade, ¿qué me estás ocultando?

—Oh, nada... —se evadió él, ofreciéndola cigarrillos.

Brenda aceptó. Afuera, la llovizna era pesada e insistente. Lloraba la tarde sobre las vidrieras inclinadas del ventanal del ático asomado al río y a Battersea Park, al otro lado. Pero siguió mostrándose particularmente obstinada:

—Me has pedido que viniera aquí esta tarde, hasta que entres de servicio, Wade. Hemos sido siempre buenos amigos. Cuando tú no pensabas en ser elevado a inspector y sólo lucías tu uniforme y tu casco de policeman por las calles de Londres. Cuando yo estudiaba arte fotográfico, y sólo casualmente supe que tú, un muchacho solitario, sin familia y de clase acomodada, quería ser útil a los demás, e incluso a sí mismo, eligiendo un camino que a muchos podía parecer vulgar: ser policía, ser funcionario al servicio de la ley. Sólo eso... y nada más que eso, Wade. ¿Y todo por qué? Porque te irritaban muchas cosas de tu ambiente social, te molestaba ser un joven rentista, vivir practicando deportes y echar barriga demasiado pronto, ojeando el Times en un club de solterones, o casándote demasiado pronto con una de esas damiselas de la alta sociedad que iban tras de ti como moscas tras la miel. Verte de *bobby* (1) en la calle y cambiar de idea, todo fue uno. Te libraste de ellas, pero no de mí. Sólo que yo no pretendía ser «la señora Davis» algún día, sino solamente «la fotógrafa profesional Brenda Weston», y eso lo alcancé, como tú la emancipación de tu propia esfera. Wade, todo eso merece una compensación de amigos. No puedes andar ocultándome nada. ¿Qué es lo que sabes, qué es lo que te preocupa... y por qué andas dándole vueltas ahora a esas cuatro chicas, a sus rostros, a sus nombres, a su modo de morir, a los lugares en que ocurrió...?

(1) Bobby: apelativo cariñoso que, en Inglaterra, se aplica a los agentes uniformados de policía, los llamados policemen.

—Te diré algo más: también me preocupa la hora en que sucedió.

—¿La hora? —se intrigó Brenda, incorporándose hasta ponerse casi de rodillas en la alfombra, mientras en el tocadiscos iniciaba

George Harrison *Oh, my lord*, sobre el fondo gris y triste de la tarde lluviosa—. ¿Qué hora?

—Todas murieron entre cinco y seis de la tarde —recitó Wade—. Y en invierno, Brenda...

La joven le miró, intrigada. Parecía no entender esa conclusión de su joven amigo policía. Al final se puso en pie, acercándose a Wade Davis. Luego, cayó de bruces junto a él, impulsivamente.

—Háblame de eso —pidió—. Te prometo no hablar de ello en el periódico.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Bien... —Wade se tumbó de espaldas sobre la alfombra, clavando sus ojos en el techo inclinado del estudio. Son demasiadas casualidades: las horas aproximadas, la zona elegida, los lugares de diversión juvenil... Y la belleza, juventud y sexo de sus víctimas.

—¿Conclusión de todo ello?

—Método. Premeditación. No mueren porque sí. Elige a sus víctimas. Y escoge los sitios donde atacar, la hora propicia... y la vecindad a su posible escondrijo.

—¿Escondrijo? Wade, ¿a qué estás llegando en tus deducciones?

—Me gustaría saberlo. Si hubiera perdido a mi hombre en otro lugar, las cosas puede que tuvieran algún sentido, pero dado que perdí a ese criminal, o creí perderlo, en semejante sitio... la cosa no tiene pies ni cabeza. Ni siquiera estando por medio el fotógrafo Larry Harrison Scott, hermano de nuestro primer ministro, Brenda.

—¿Qué quieres decir con todo eso, Wade? —la extrañeza de ella iba en aumento.

—Que perdí la pista en Downing Street, precisamente —suspiró Wade—. ¿Lo entiendes ahora?

—Eso está en el corazón de Westminster —dijo Brenda, dominando su sorpresa, con las claras cejas enarcadas, la mirada fija en él.

—Exacto. Pero está todo vigilado. Los agentes de servicio no vieron nada ni a nadie. Y solamente en una puerta había libre acceso, aunque fuese a sus ocupantes oficiales: el número diez.

—La residencia del primer ministro.

—Supongo que tenemos que dejar al honorable Edgar Harrison fuera de sospechas, aunque pertenezcamos a la oposición, ¿no

crees? —fue el comentario sarcástico de Wade.

—Posiblemente, sí. Pero allí... no sólo vive el primer ministro, Wade —le recordó ella—. ¿Por qué no investigar eso, al menos discretamente?

La mirada de Wade se fijó en ella. Ahora, el tocadiscos emitía la aparente trivialidad del jovial *Yellow submarine* beatle. Era como una llamada irracional a la rebeldía, a lo absurdo, a lo no convencional.

Y el joven inspector Davis se sintió quizá llamado por todo ello cuando replicó, profundamente abstraído:

—Sí... ¿Por qué no?

* * *

Brenda desconectó el tocadiscos y apagó algunas luces.

La reunión íntima e informal había terminado. Volvía la rutina. Ya no sonaba música en los *baffles*. Pero seguía lloviendo en el exterior, y Londres se diluía en la oscuridad del anochecer, borrándose sus contornos, para sólo brillar algunas débiles luces entre la bruma y la llovizna persistente.

Wade Davis apareció en la puerta de su dormitorio, Sobre el lecho se veía el colorido de su camisa, el pantalón cómodo y juvenil...

Vestía ahora de muy diferente modo: calzado oscuro y brillante, pantalón gris, un sobretodo impermeabilizado color humo, un flexible también impermeable del mismo color... Sobre la camisa cruda, destacaba la corbata azul marino.

—¿Vamos? —invitó—. Dentro de treinta minutos entro de servicio.

—¿Trabajo nocturno? —indagó Brenda, iniciando la marcha hacia la salida del apartamento de soltero, situado en aquel confortable ático de Chelsea.

—Sí. Posiblemente pura rutina, a menos que surja algo especial... —comentó Wade.

—¿No vas a ocuparte de ese caso, siguiendo lo que hablamos antes?

—Sí, creo que lo haré. Pero a espaldas de Prescott. Si el superintendente imaginase que trato de aproximarme a Downing Street con alguna sospecha... creo que me devolvería el uniforme y la patrulla callejera de antes —comentó Wade, con amarga ironía.

—Un asesino puede vivir en cualquier parte, Wade —insistió Brenda.

—Sí, pero... dudo que alguien admita en Londres que un asesino puede vivir... en el número diez de Downing Street —completó roncamente Davis, apagando otras luces, antes de seguir a Brenda camino de la salida, tras aquella tarde suave y sedante, perdidos en el sosiego de un ático, mientras llovía sobre un Londres triste y sombrío.

De repente, sonó el timbre del teléfono.

Brenda se detuvo en el umbral, recortada contra la luz del rellano, en tanto seguía repiqueteando el timbre telefónico, de modo insistente. Wade giró, decidido.

—Disculpa —dijo—. Debo atender esa llamada...

Alzó el teléfono, preguntando secamente:

—¡Dígame! Aquí Davis... —se detuvo, al reconocer la voz que hablaba.

—Inspector, oficina del superintendente Prescott —sonó la ruda palabra habitual del sargento Ian Reeves, de Scotland Yard—. Me alegra encontrarle aún en casa, señor.

—Salía ahora mismo hacia allá. —Wade arrugó el ceño—. ¿Ocurre algo?

—¿Si ocurre? —la voz del sargento Reeves reveló excitación—. Lo peor que podía suceder ahora, señor, tal como anda de revuelta la opinión pública. Si quiere reunirse con el superintendente, vaya a Saint George's Pub, en Birdcage Walk... Él está allí ahora, ocupándose del asesinato...

—¿Asesinato? —un escalofrío sacudió bruscamente a Davis—. ¿Qué asesinato, sargento?

—Otra chica, según parece... Una fulana bastante atractiva, que frecuentaba la taberna de Saint George's... La mataron hace sólo veinte minutos... Otro crimen de Funny Face, señor.

Wade no esperó más. Colgó, con una imprecación.

Y se lanzó a la carrera hacia el exterior, tomando impulsivamente de una mano a su amiga Brenda...

Capítulo V

LA PUERTA NUMERO 10

SE llamaba Joyce Ercy.

Mejor dicho: se había llamado Joyce Ercy.

Era un cadáver atractivo, porque había sido una hermosa muchacha. Muy rubia, aunque tal vez no natural. Pero cuando menos, le sentaba bien el rubio. Tenía curvas llamativas, lo cual era un buen factor para su profesión. Esta se hallaba concretada por la larga lista de nombres en su agenda. Muchos de ellos iban a crear problemas. Eran nombres importantes en la sociedad, en las finanzas, incluso en la política...

Esos nombres, en el bloc de llamadas o de contactos de una *call girl*, siempre producen un caos. Pero Wade, por mucho que ojeó, no encontró el nombre que buscaba.

—Inspector, ¿le preocupa algo en especial de esa agenda? —llegó a recelar el superintendente Prescott.

—Oh, no, señor. —Wade se apresuró a devolverle el librito con un encogimiento de hombros muy británico, siempre utilizando sus manos enguantadas, lo mismo que cuantos manipulaban la pequeña agenda de tapas azules—. Sólo era curiosidad... por ver cómo anda nuestra sociedad.

—No habrá sacado muy buena conclusión de ella, pero si tuviéramos que tomar a esa lista por sospechosos, Londres entero temblaría —masculló el superintendente, de mala gana—. No se le puede derrumbar la vida a nadie porque un día haya tenido un momento de debilidad y haya decidido conocer más íntimamente a

una muchacha como Joyce Ercy...

Wade miró el cadáver, y luego vio cómo tapaban prudentemente sus formas con una sábana. Asintió, despacio:

—Ciertamente, cualquiera pudimos caer en esa tentación. —y añadió—: Yo, cuando menos, no llegué a conocer en vida a Joyce Ercy. ¿Y usted, superintendente?

—¡Wade! —carraspeó el policía, solemne—. A veces es usted incorregible...

—Perdone, señor —se excusó Davis, ingenuamente—. Hablaba como simple miembro del sexo masculino... ¿Algún indicio en el *pub*?

—Ninguno. Había estado tomando una cerveza. Acostumbraba a hacerlo al atardecer, cuando se autorizaba en el local la venta de bebidas alcohólicas... Parece que alguien la esperaba... Se encaminó a los lavabos, salió de allí, pagó su consumición, se dirigió a la salida...

—Y en la salida la esperaba realmente alguien, ¿no es cierto? —Wade miró alrededor, a la zona acordonada, donde los faros de los automóviles derramaban la claridad suficiente para que destacaran los policemen, los curiosos agolpados a alguna distancia... y, sobre todo, el cuerpo de Joyce Ercy, tendido a la puerta misma de esmerilados vidrios color caramelo de la Saint George's Pub, en Birdcage Walk, con Saint James Park al frente, convertido en una sombría masa de setos, arboledas y tinieblas.

—Sí: Funny Face —confirmó roncamente el superintendente Prescott.

—¿Llegó a verle alguien el rostro, aparte la desdichada Joyce?

—Un par de clientes a la vez: uno que salía entonces del local, tras de Joyce, con el ánimo de abordarla, y otro que cruzaba la calzada de Birdcage Walk, para entrar en la taberna.

—¿Y sus testimonios...?

—Concuerdan en todo. A ambos les recordó a un *clown* o a un comodín de baraja (1). Llevaba un larguísimo impermeable, muy oscuro, y las manos, sin duda, estaban enguantadas, porque la luz de la taberna no las hizo destacar cuando atacó a la muchacha, asesinándola de ese golpe contundente y preciso en el corazón. El largo estilete penetró hasta la empuñadura, atravesando su víscera cardíaca limpiamente. La mató en el acto. La infeliz no pudo sino

gritar... y caer. Cuando la asistieron, estaba muerta.

(1) Téngase en cuenta que en la baraja francesa —la inglesa también, en este caso, que es la de póquer—, el “comodín” o “Jolly Joker”, tiene frecuentemente el rostro de un bufón medieval, un payaso o algo parecido.

—¿Y... el asesino?

—Se evadió con rapidez, como en todos los casos anteriores. Le persiguieron hasta Saint James Park, pero le perdieron tras los urinarios de la zona este del parque, de modo definitivo. La llovizna y la niebla contribuyeron a ello.

—¿Justamente en los urinarios? —se interesó Wade Davis.

—Justamente allí, sí —le miró Prescott, intrigado de nuevo—. ¿Eso tiene alguna importancia, a juicio suyo?

—No, no. Supongo que no, señor. Era simple afán de puntualizar algo... —volvió a mirar el bulto de la joven rubia, ante la pub de lujo de aquella zona de Westminster. Sacudió la cabeza, mientras sus ojos se elevaban, hasta tratar en vano de taladrar las sombras profundas del parque frente a él. Luego, se apartó, mientras la ambulancia se aproximaba, y el superintendente daba órdenes para el traslado del cadáver al vehículo.

Brenda aguardaba a prudencial distancia, no lejos de las solemnes figuras uniformadas de dos policemen. Ambos jóvenes se miraron vivamente.

—¿Y bien, Wade...? —murmuró ella, con profundo interés.

—Vamos, Brenda —habló Wade Davis, rotundo. Señaló a Saint James Park—. Quiero ver algo... ¿No te importa acompañarme?

—¿Importarme? Por el contrario, Wade —sonrió la joven fotógrafo—. Me fascina...

* * *

El delgado haz de la linterna había revelado la hierba pisoteada, tras los lavabos públicos de Saint James Park, desiertos a aquellas horas, tanto de señoras de servicio como de ocupantes de cualquier sexo. Alrededor, el amplio parque era un mundo tenebroso e insondable, que la lluvia llenaba de mil ruidos susurrantes e inquietos, al golpear la hojarasca, la hierba y la gravilla de sus senderos.

—Mira —susurró Wade—. Hay señales de pisadas. Y de sangre...

—El asesino parece que no ocultó demasiado su fuga... —

comentó ella, al azar.

—No sé si pudo hacerlo en la premura del momento. Esa sangre puede que no sea de su víctima, Brenda.

—¿No? ¿Por qué supones tal cosa?

—Hay ya demasiada distancia para que su calzado deje señales de sangre al pisar, aunque haya tocado la que derramó Joyce Ercy al caer... —mostró unas huellas oscuras—. Ten en cuenta que el arma utilizada fue un largo estilete, sumamente afilado, que el asesino hincó con mucha fuerza en el pecho de la muchacha. Aun enguantada, la mano pudo ser herida por el doble filo del arma, al sepultaría en su víctima. Y esa sangre es la que está cayendo donde pisa el criminal...

—Si se ha dado cuenta, como es lógico, buscará evadirse hacia otro lugar que su previsto refugio...

—Tal vez no tenga ocasión de ello. Los minutos le son preciosos. El tiempo cuenta para él. Otra vez ha matado en el mismo área de las veces anteriores. Eso prueba que su paradero final está siempre cerca de aquí, Brenda.

—¿En... Downing Street? —insinuó ella, maliciosa.

—No sé... —resopló Wade—. Tal vez. Intentaremos seguir ese rastro. Si no hay medio de lograrlo, si lo perdemos de alguna manera... iremos a Downing Street, de cualquier modo.

—Y una vez allí... ¿qué haremos, Wade? —quiso saber Brenda, algo inquieta.

—Pues... no lo sé —confesó, con total franqueza, Davis.

* * *

Habían perdido el rastro definitivamente.

Ello sucedió en las proximidades de Storeys Gate, aún en Saint James Park. Tras unas pocas pisadas más, y unas levísimas huellas de sangre, la pista terminó.

Wade se detuvo. Ella, también. Se miraron, a la claridad lechosa de una farola bajo la lluvia.

—¿Y bien...? —indagó ella.

—Tú lo has visto, Brenda. No hay nada de nada ya. —miró en torno, una mano en el bolsillo de su impermeable, sujetando la culata de su pistola con firmeza. Pero sin decírselo a ella, para no alarmarla innecesariamente.

—El asesino puede estar en cualquier sitio ahora —se estremeció

la joven reportera gráfica del Weekly Pop—. Incluso allá, en la sombra, vigilándonos...

Se acercó instintivamente a él, como buscando protección. Wade puso una mano en su hombro, sonriente. Pero la mirada gris era dura y fría.

—Dudo mucho que se entretenga ahora en eso —comentó—. Si tú fueras sola, cabría esa posibilidad. Pero no creo que se moleste ahora en algo parecido... dada su situación actual.

—De todos modos, se terminó la cacería, ¿no es cierto?

—Es posible que sí. Pero dijimos algo antes, ¿lo recuerdas? Si perdíamos el rastro, siempre quedaba la posibilidad de visitar Downing Street...

—Wade, ¿crees que será prudente? Es muy arriesgado ir demasiado lejos en una investigación. Ya estuviste allí una vez. Imagina que alguien llegara a enterarse, en el número diez, y...

—Correremos el riesgo —sonrió Wade, tomando por el brazo, afectuosamente, a Brenda—. Ven conmigo. Volver sola ahora es mucho más peligroso para ti, dado que también eres joven y bonita, como las chicas elegidas por el asesino... Si nos enfrentamos, como presumo, a un maníaco homicida, hay que andar con mucho cuidado en concederle oportunidades... Estarás más segura conmigo, incluso aunque el premier británico decida quitarnos nuestro trabajo en ese periódico tuyo... y en Scotland Yard. Perder un puesto no es perder la vida, Brenda.

—Vistas así las cosas... —ella tembló levemente otra vez, al mirar a la oscuridad, a través de la cortina de lluvia—, te sigo, Wade. Y sea lo que Dios quiera.

Ambos avanzaron hacia el norte del parque. Llegaron a la entrada de Downing Street. Un policeman guardaba aquel acceso. Se encaró con ellos, solemne. Wade mostró, rápido, su credencial, y el agente saludó cortés.

—Ha habido un crimen cerca de Saint James Park —explicó—. Deseo comprobar si todo está en orden aquí, agente.

—Por completo, señor —afirmó el policía.

—¿No ha visto a nadie?

—A nadie en absoluto. Comprenderá que esta zona tiene particulares medidas de seguridad, señor.

—Por supuesto. ¿No ha entrado ni salido persona alguna de

Downing Street en la última media hora?

—Nadie en absoluto... salvo el primer ministro en persona —informó el agente.

—¿Salió del diez de Downing Street?

—Entró, señor, hace pocos minutos. Llegó con su coche personal. Salvo eso, no hubo más movimiento.

—Entiendo. Entraré, de todos modos, hasta la propia puerta del número diez. La joven que me acompaña es periodista. Respondo por ella.

—Bien, señor. A sus órdenes. Puede preguntar al agente Peters, señor. Él hace guardia en la residencia del primer ministro...

—¿Peters? —Wade arrugó el ceño—. Ese nombre me suena... ¿No estuvo alguien de ese mismo nombre de servicio en este lugar hace sólo tres días?

—Era el mismo agente, señor —sonrió el policeman—. Harry Peters estuvo de servicio cuando usted dice. No le correspondía hacer guardia hoy, pero un compañero enfermó, y él ha cubierto su turno...

—Entiendo. —El gesto de Wade reflejaba interés, y estaba ceñudo—. De todos modos, iré a verle, con más motivo siendo ya conocido... Siga vigilando atentamente. Un criminal anda suelto esta noche en Londres.

—Sí, inspector —saludó, respetuoso, el policía, añadiendo, irónico—: ¿Sólo uno, señor?

Sin responder, Wade y Brenda siguieron adelante, por las brumas de la calle Downing, bajo la lluvia persistente. Una farola les reveló al agente de servicio ante el número 10, residencia del premier británico, Edgar Harrison.

El agente Peters no había desertado de su guardia, ciertamente. Pero estaba haciendo algo insólito, para hallarse en horas de servicio y en un puesto de tal trascendencia: estaba besando a una dama que le rodeaba con sus brazos apasionadamente...

* * *

—Buenas noches, agente Peters —saludo fríamente Davis.

El policía sufrió una convulsión, soltando rápidamente a la mujer a quien besaba, en un rápido forcejeo por desprenderse de sus brazos.

Ella exhaló un gemido, apartándose. El policía, muy pálido, se

cuadró ante Wade, la mirada al frente bajo su casco.

—A sus órdenes, señor. —parecía haberle reconocido perfectamente. Estaba demudado—. Lo... lo lamento...

—Yo también, agente —silabeó Wade, con calma. Miró a la joven, que se encogía, tratando de evadirse—. Usted, señorita, no se vaya. Es una orden. Soy el inspector Davis, de Scotland Yard. ¿Qué significa esto, en horas de servicio del agente Peters?

—Yo... yo... —comenzó débilmente la joven.

—Disculpe todo esto, señor —cortó el agente con voz tensa—. Es culpa mía. Sólo mía. Responderé ante mis superiores. Pero debe dejarla a ella, inspector. No tuvo culpa. Yo le pedí que saliera y...

—¿Saliera? ¿De dónde? —indagó Wade, seco—. Aquí no hay viviendas particulares y usted lo sabe, agente.

—Es que yo... soy la doncella de servicio —habló ella con voz ahogada—. La... la doncella del número diez de Downing Street. ¿Entiende usted, inspector?

—Sí —afirmó Wade gravemente—. Entiendo, señorita...

—Wallace. Norah Wallace —explicó la joven. Un bonito rostro de grandes ojos azules destacó en la niebla luminosa, bajo la farola—. El agente Peters no fue sincero. Toda la culpa ha sido mía. Pensamos que un instante no dificultaría su guardia... Yo le convencí...

—No, inspector —rechazó, arrogante, el policía—. Trata de ayudarme. He sido yo quien...

—Ya basta —cortó Wade, incisivo—. Callen ambos en sus mutuas disculpas. Es un grave fallo en su servicio, agente, pero yo no vengo a inspeccionar su labor, sino a buscar un criminal.

—¿Otra... otra vez, señor? —tragó saliva el pálido y abatido policía.

—Otra vez. Es el mismo de aquella tarde, pero ha habido un nuevo crimen, esta vez en una *pub* de Saint James Park. Será mejor que recuerde si, antes o durante su idilio con esa jovencita, usted ha visto u oído algo, si alguna persona ajena a este edificio ha pasado por esta calle, se ha aproximado a esa puerta o a cualquier otra...

—Señor, le juro por mi honor que la señorita Wallace lleva aquí solamente dos minutos y que ha sido éste un momento de debilidad que no quisiera viese usted como negligencia frecuente. Juro y perjuro que nadie, excepto el propio señor ministro, que llegó hace

cosa de unos diez minutos, en su coche, ha llegado a la casa. El hermano del señor ministro salió hace cosa de una hora, y creo que ése ha sido todo el movimiento hasta... hasta que Norah salió por la puerta de servicio, a causa de mi obstinada insistencia en...

—Está bien, está bien —cortó Wade, presuroso, alzando los brazos—. No siga, agente Peters. No voy a dar parte de esta anomalía a Scotland Yard. No he visto nada. Pero usted, señorita Wallace, regrese a su puesto de servicio. Y usted, agente Peters, procure que esto no se repita jamás bajo pretexto alguno, ¿entendido?

—Señor, no será justo que usted silencie mi error, y yo...

—Y usted se callará, agente Peters. Es una orden. Yo silencio esto y asunto terminado, pero para siempre. ¿Entendido de una vez?

—Sí... sí, señor... —balbució, emocionado, el joven policía.

—Bien. —miró hacia Norah Wallace, que se alejaba ya discretamente hacia la casa—. En cuanto a usted, señorita Wallace...

—¿Desea algo de mí, inspector? —susurró ella, parándose en seco—. Si ha ayudado de tal modo a mi... al agente Peters, prometo ayudarle en cuanto me pida...

Wade iba a hablar, cuando sus ojos se clavaron en el pavimento, charolado por la llovizna, sobre la acera de Downing Street, y bajo el brillante número 10 de aquella puerta.

Descubrió la leve mancha oscura, junto al bordillo. Y otra igual ante la puerta de la casa... Se inclinó. Tocó ambas con el dedo, retirando éste levemente oscurecido. Olfateó la yema húmeda, manchada. Miraba muy fijo a Norah Wallace, la doncella, cuyos grandes ojos azules le contemplaban abstraídos.

Era una muchacha de aspecto atractivo, pero algo tosco, de voluminosos pechos y bien dotadas caderas. Una doncella joven y vistosa, en especial para un policía de servicio.

—Norah, quiero que averigüe algo ahí dentro —murmuró Wade—. No será ningún secreto de Estado, ciertamente. Obre de modo discreto, pero... investigue lo que le voy a pedir.

—Inspector, lo que usted diga, siempre que no sea contra mi país...

—Yo soy la ley de su país, y le pido este servicio —habló Wade

gravemente—. Escuche...

Norah Wallace escuchó. Sus azules pupilas brillaron, cuando asintió varias veces, con creciente énfasis...

REFLEXIONES EN UN OJO CRIMINAL (II)

«Y A está.

El primer desafío ha surtido efecto. Ese policía ha cogido el guante...

Sé ya su nombre: Wade Davis. Inspector Wade Davis... De New Scotland Yard. Tiene gracia todo esto...

Cree haber llegado a alguna parte. A alguna conclusión revolucionaria y tremenda. No quiere ser demasiado impulsivo porque teme que la dinamita estalle entre sus dedos. Así de complicado lo ve todo.

Bien... El juego sigue su curso. Una víctima se ha unido a mi lista. Él ha seguido el rastro. Ha venido, justamente, adonde yo quería que viniese. De otro modo, esto no tendría gracia. No sería una partida de ajedrez con el "mate" anticipadamente previsto, aunque permitiendo que el adversario juegue sus escasas piezas... justamente a las casillas donde yo quiero que vaya irremediablemente.

Él no puede hacer otra cosa que seguir la jugada y caer en el cepo. Cuando quiera advertirlo, habrá recibido la estocada final. Será una buena burla. Un fracaso profesional y humano. Un desastre. El inspector Davis no será nadie. Absolutamente nadie, cuando yo haya terminado con él.

Es algo desigual la lucha, y eso me irrita a veces. Un genio no puede combatir con un pobre y mediocre individuo que se cree inteligente y lucha por serlo.

Cuando le he visto llegar a Downing Street, me ha resultado difícil no soltar la carcajada. Muy difícil, la verdad...

Me ha resultado tan difícil, que me he contenido con algún esfuerzo, mientras mis ojos vigilaban sus más mínimos movimientos, su gesto, su modo de mirar esas manchas que él nunca podrá imaginar que yo mismo he dejado a la puerta.

A la puerta de mi casa. A la puerta de este número 10 de Downing Street, que tanto significa para los ciudadanos británicos...

Ya está Wade Davis donde yo quería situarlo: en el inicio de su ridículo ataque a mis posiciones. No puede ni imaginarse que está siendo vigilado, estudiado, que cada acción suya responde a una intención previa por mi parte. Que está llevando su pobre y perdida lucha justamente al terreno donde yo quiero que la desencadene.

Esto es lo divertido del juego. No basta con matar tan fácilmente, con borrar vidas de este mundo, utilizando esa maravillosa, fría y mecánica destreza que el arte del asesinato posee cuando se lleva a cabo como una bella artesanía, y no como una finalidad brutal y primaria.

Necesito matar, sí. Debo seguir mi camino hasta el fin. La senda apenas si está iniciada con esos cinco cuerpos que envié a la Morgue hasta ahora. Continuará la serie, para exasperación de las autoridades del país entero.

Y continuará el misterio. La oscuridad. La impunidad en torno mío y de mi obra. Porque, a fin de cuentas... ¿quién puede sospechar de mí? ¿Quién imaginaría que YO, precisamente yo, soy la persona culpable de todo ello?

Nadie puede llegar a esa conclusión. Nadie... salvo Wade Davis, inspector de Scotland Yard. Sólo ese joven insolente y demasiado impetuoso, que incluso ha llegado a creerse demasiado listo.

Pero él se acerca más y más a mí, sólo porque yo quiero que se acerque. En vez de borrarle huellas, en lugar de hacer desaparecer rastros, se los dejo ante sí, para que los siga inexorablemente hasta su destino final:

El número 10 de Downing Street.

Esta casa. Mi casa. El lugar donde yo resido. La vivienda de la primera personalidad de Inglaterra. También mi vivienda... La del asesino misterioso. El escondrijo de oro de Funny Face. Su madriguera fantástica, que nadie imaginó...

Sé cuál va a ser el siguiente movimiento de Wade Davis. Lo sé porque lo intuyo. Porque yo he jugado ya mi pieza en el tablero, y sé que él va a mover ahora, inmediatamente, aquella pieza que puede inquietar mis posiciones.

Conforme en que será dar un poco el palo de ciego, pero él cree saber por qué lo hace, sin sospechar que yo quiero que haga justamente lo que va a hacer.

Eso será mañana. Mañana mismo.

Ahora, mientras observaba cómo se alejaba, fundiéndose entre la niebla y la lluvia de esta noche inclemente de Londres, en la que me he aventurado a matar y a huir de nuevo, he estado plenamente seguro de su inmediato movimiento.

Ese será como el que un adversario del ajedrez, en un campeonato mundial, lleva a cabo cuando ha dejado la partida a medias en la jornada anterior. Se acostumbra a presentar, en sobre cerrado, previamente, la jugada que sigue a la posición de las figuras en el tablero.

Eso es lo que hará Wade Davis mañana mismo.

Pero yo conozco su movimiento de antemano. Sé lo que va a hacer, qué pieza moverá, por dónde atacará...

Lo demás es sencillo. Tremendamente sencillo. Estaré esperándole. Le recibiré en su pretendido ataque.

Y lo disolveré.

Como un simple azucarillo en agua, su ataque se convertirá en un fracaso total. En un desastre.

Sí... Para eso, Wade Davis sólo tiene que hacer una cosa. Una cosa que, sin duda, él considera un genial golpe de audacia, de decisión, de ataque frontal: entrar en el número 10 de Downing Street.

Entrará mañana.

Y yo estaré esperando. Riendo por dentro. Disimulando por fuera.

En ese momento habrá sonado la hora en que Wade Davis, inspector de Scotland Yard, y con él la propia ley inglesa, habrán comenzado a perder su mayor y más decisiva batalla.

Pero eso, ellos no lo saben. Ni siquiera lo sospechan. Ni lo llegarán a sospechar, hasta que sea ya demasiado tarde para volver atrás...

Mañana, la puerta número 10 de Downing Street, seguro que se
abrirá para Wade Davis.
Segurísimo...»

Capítulo VI

DENTRO DE LA CASA

—**E**S realmente terrible lo que me cuenta, inspector Davis...

—Terrible y real, señorita Harrison. He hablado ya en otra ocasión con un familiar suyo muy directo, su tío Larry...

—¡Oh, Larry! —asintió la joven, con tono entusiasta—. Mi querido tío Larry... Siempre ocultando el apellido familiar, para que nadie pueda decir nunca que debe su prestigio profesional ni su posición social y económica al hecho de tener un hermano ilustre... Adoro a tío Larry. ¿Usted le conoce, inspector?

—Bueno, señorita Harrison, tuve el placer de hablar con él en su estudio, a raíz de cierta relación suya con una de las víctimas... Relación puramente profesional, por supuesto...

—¿Cómo? —pestañeó la esbelta, elegante y atractiva Paula Harrison, hija única de Edgar Harrison, premier del Gobierno británico—. ¿Que tío Larry tuvo relación con alguna de las muchachas que...?

—Ya le dije que simplemente casual: había tomado algunas de sus fotografías profesionales, eso era todo —suspiró Wade Davis, acomodándose en el confortable butacón de cuero rojo donde la joven le había invitado a sentarse—. De cualquier modo, éste es un grave asunto que tiene en vilo a la opinión pública inglesa, y con toda razón. Hoy mismo, los diarios lanzan ediciones especiales con la noticia del quinto asesinato en primera plana.

—Sí, entiendo —afirmó ella, pensativa—. Luego leeré todo eso, inspector. ¿Cree usted que ello bastará para que mi padre le pueda

recibir, dejando de lado otros asuntos más delicados y urgentes?

—Cuando menos, ésa es mi esperanza. Esta es una audiencia informal, que espero no provoque irritación entre mis superiores, pero confío en que su padre pueda ayudarme en alguna forma a la investigación de este caso.

—¿Ayudarle papá? —el asombro de la muchacha iba en aumento—. Temo no entenderle bien, inspector... ¿Se refiere a él como primer ministro de la nación, o sólo a título personal?

—Es usted muy inteligente, señorita Harrison —ponderó Wade—. Hablaba de su padre, en efecto, como ciudadano privado y no como jefe del Gobierno británico.

—Eso me había parecido intuir en sus palabras. En suma, me produjo la sensación de que quería usted... interrogarle.

—Bueno, esa palabra suena algo fuerte, y quizá también equívoca, tratándose de mí, un funcionario de policía. Digamos, para ser más exactos, que es sólo una consulta personal la que me ha traído a Downing Street hoy, solicitando una audiencia privada con el primer ministro.

—Audiencia que, por supuesto, le ha sido concedida, aunque habrá de ser forzosamente breve —comentó la bella hija del premier, pensativamente—. Víctor me ha dicho que su tiempo está casi totalmente ocupado estos días, con una serie de entrevistas oficiales, relacionadas con problemas del Mercado Común, las próximas huelgas de transportes anunciadas por los Sindicatos y las derivaciones de los últimos atentados terroristas irlandeses en la metrópoli...

—Entiendo todo eso, señorita Harrison. Sólo le pediré unos breves minutos de su precioso tiempo... Perdón, ¿citó usted a... Víctor?

—Sí. —ella le miró francamente, desde la profundidad de sus ojos casi violáceos, muy vivos y elocuentes—. Víctor Lambeth, su secretario personal.

—Oh, entiendo... El también residirá aquí, por supuesto...

—Por supuesto. Aquí residimos la familia Harrison, Víctor Lambeth, Susan Harris, su secretaria, el agente especial del Gobierno Roger Donovan, encargado de nuestra custodia personal, y el servicio doméstico, encabezado por George Hawkins, el mayordomo. ¿Eso le preocupa tal vez tanto, inspector Davis? —

preguntó ella, intrigada.

—Todo lo de esta casa me preocupa de modo hondo y especial —suspiró Wade.

—¿Como simple ciudadano británico... o como funcionario de Scotland Yard? —trató de puntualizar la joven.

—Decididamente, es usted una dama sumamente lista —confesó Wade, con una suave sonrisa, moviendo la cabeza de lado a lado—. Lo cierto es que hablaba ahora como policía, contra lo que pudiera parecer a un observador normal.

—Evidentemente, no me considera un «observador normal» —se burló risueñamente la joven, encogiéndose de hombros.

—La considero del mejor modo que puede imaginar, señorita Harrison —se apresuró a responder Wade—. Y no hablo por simple cortesía, pero usted me parece tan inteligente como aguda y observadora. Y una joven muy sencilla, para ser nada menos que la hija del primer ministro...

—Verá, inspector: antes fui la hija del jefe de la oposición. Y antes de eso, la hija de un político con aspiraciones. Y antes... En fin, usted me entiende. Tal vez en las próximas elecciones vuelva a ser solamente lo que fui. El hecho de que mi padre esté en la cumbre de su carrera no puede envanecerme. Es un servicio al país y al pueblo, y un honor ante todos, en especial ante Su Majestad. Pero nada más. Usted es joven y me entenderá, puesto que pertenecemos prácticamente a la misma generación, inspector Davis.

—Sí, la entiendo —convino Wade, con simpatía—. Pero siempre es agradable encontrar a alguien que piensa como uno mismo. Trataré de ser fiel a mis convicciones, como usted lo es ahora... cuando llegue a jefe de New Scotland Yard.

Ambos sonrieron simultáneamente a la broma de Wade Davis. Luego, la charla se interrumpió entre los dos jóvenes, cuando se abrió la lustrosa puerta de recia madera, y unas pisadas suaves produjeron sólo un leve roce en el - acolchado suelo del despacho.

Wade miró. Un hombre alto, de unos treinta y cinco años, pulcro aspecto y expresión fríamente cortés, entró portando una negra carpeta portafirmas bajo su brazo. Se detuvo ante ellos.

—Su Excelencia va a recibirle, inspector Davis —dijo escuetamente.

Wade supo que se hallaba ante Víctor Lambeth, el secretario citado antes por la joven Paula Harrison, la hija del premier.

* * *

Realmente, el parecido era de auténtica sorpresa.

Aumentaba de modo considerable en el despacho privado, en persona, teniéndole tan cerca. Mucho más que viéndole por televisión o en los diarios.

Edgar Harrison se parecía mucho, muchísimo, a su hermano Larry, el que ocultaba su ilustre apellido en la profesión de fotógrafo profesional. Acaso el *premier* fuese ligeramente más grueso, pero los cabellos canosos, la expresión aguda, las facciones aguileñas, absolutamente todas las características eran muy semejantes entre ambos.

A alguna distancia, Wade estaba seguro de que cualquiera de ellos hubiera podido pasar por el otro, de haberlo deseado así.

Pero, por supuesto, el primer ministro de la Corona no tenía por qué pretender ser un fotógrafo de arte, por muy prestigioso que éste fuera en Londres. Era el primer mandatario del Gobierno de Su Majestad británica, y eso, por sí solo, era suficiente para que Edgar Harrison no pretendiera ser siempre sino él mismo.

—Mis minutos son escasos, inspector —fue su indicación, tras saludar cordialmente al joven funcionario de Scotland Yard. Luego, tras hacerle acomodarse ante él, le miró curiosamente, y no se abstuvo de confesar, con su serena, grave y fácil palabra, tan peculiar a los oídos de todo ciudadano inglés que le hubiera escuchado por radio o televisión en sus frecuentes discursos y entrevistas de actualidad—: Creo que es la primera ocasión en que, rompiendo el protocolo, concedo una entrevista a un inspector de policía, a título puramente privado. ¿Puede decirme qué le movió a solicitarla directamente?

—Es difícil de abordar el asunto, señor, y muy breve su tiempo —dijo Wade, sin impresionarse en exceso ante la personalidad de su interlocutor, aunque siempre manteniendo el respeto que le merecía su persona—. Pero lo voy a intentar, aun a riesgo de parecerle demasiado crudo en la exposición del mismo.

—Hágalo. Me gusta la crudeza —suspiró el premier con cierta ironía muy británica—. Tengo que irme habituando a ella, en especial para hablar con los sindicatos o con los dirigentes

irlandeses del Norte...

Wade sonrió, asintiendo. Y atacó la cuestión por su lado más ambiguo y, a la vez, más delicado, con la misma decisión con que un cirujano ataca con su bisturí el órgano enfermo a extirpar:

—Señor, se han cometido ya cinco crímenes en poco tiempo. Cinco muchachas bellas y muy jóvenes, de variada profesión y moralidad, han hallado la muerte en las calles londinenses o en los clubs de juventud, a manos de una misma persona...

—¿Funny Face? —suspiró el *premier*. Asintió, al añadir—: A veces me sobran unos minutos para leer los periódicos de mi país, inspector.

—Funny Face exactamente, señor. Ese criminal enmascarado ha sido responsable de cinco muertes violentas. Y puede que lo sea de más aún, en el futuro. Se está haciendo cuanto se puede por alcanzarle, pero siempre se nos escapa de entre las manos.

—Le entiendo, inspector. Lo que no comprendo bien es qué significo yo en todo eso... Es el Gobierno quien debe pedir explicaciones a su policía, no ésta la que vaya a dárselas al Gobierno, ¿no le parece?

—Es que no le doy explicaciones, señor —dijo Wade con energía—. Estoy pidiéndole que me conceda una ayuda especial.

—¿Ayuda especial? —frunció el ceño al primer ministro—. ¿En qué sentido, inspector?

—En el de ocuparme personalmente de algunas personas de esta casa, señor. Al margen de su condición de domicilio de nuestro primer ministro... es una residencia como cualquier otra, si consideramos al 10 de Downing Street como simple agrupación humana, por alto que sea su significado político. En suma, señor, y aunque la frase suene un poco fuerte: tengo motivos fundados para suponer que, en dos ocasiones cuando menos, tras cometerse sendos asesinatos en la vecindad de este distrito, como siempre han sido cometidos por cierto... el asesino se ocultó en este edificio.

* * *

—¡Cielos! De verdad que ha sido muy fuerte. Demasiado, diría yo, inspector Davis. ¿Cómo reunió suficiente valor para espetarle eso al *premier*?

—No me lo pregunte, Lambeth. Lo cierto es que lo hice. Y aún estoy vivo... y sigo siendo inspector de Scotland Yard. Cuando

menos, por el momento.

Víctor Lambeth sonrió, sacudiendo la cabeza. Cerró su portafirmas, y miró pensativo a Wade, por encima de su amplia mesa de trabajo, en el despacho de secretaría del diez de Downing Street.

—Un asesino en esta casa... ¡Cielo santo, sí aún me hago cruces de que el señor ministro no sufriera un colapso al oírle!

—El señor Harrison me ha parecido un hombre muy comprensivo. Y enormemente sincero, Lambeth.

—Lo es. Pero la magnitud de su afirmación sobrepasa muchas cosas. No hablemos ya de simples protocolos ni diplomacias... —miró el escrito que tenía ante sí, en la mesa—. Pero lo cierto es que ha autorizado al inspector Wade Davis, de New Scotland Yard a que, en la medida de lo posible, y siempre que ello no produzca problemas a las actividades normales de las funciones de Gobierno dentro de este recinto, usted puede desarrollar sus pesquisas, dentro de la mayor reserva y actuando con la máxima discreción y normalidad. Puede, por tanto, iniciar la tarea. ¿Qué es lo que ha pensado como principio, inspector?

—Adscribirme accidentalmente al servicio de vigilancia de este edificio. Hablaré con el agente especial del Gobierno, el señor Donovan. Él no tiene por qué saber detalles concretos del caso. Tal vez se molestaría. Sólo que el señor ministro ha decidido ponerme por unos días a su servicio, con cualquier pretexto.

—Eso es fácil de resolver. ¿Se alojará aquí de modo fijo?

—Oficialmente, sí —sonrió Wade—. Pero es posible que deba entrar y salir con alguna frecuencia...

—Le proveeré entonces de un documento especial del Gobierno, que firmará el propio señor Donovan, y sellaremos nosotros en secretaría. Eso le facilitará el acceso libremente, en todo momento. Me sigo preguntando, inspector, qué táctica piensa seguir para llegar a alguna conclusión fructífera...

—Yo también, Lambeth; yo también me pregunto eso —confesó Wade, con perfecta sinceridad, no exenta de un sentido del humor muy británico.

* * *

—Espero que le sea grata la estancia entre nosotros, inspector Davis —habló el hombre rollizo, saludable y pelirrojo, de astutos

ojos azules, vestido impecablemente de gris a rayas, con chaleco abotonado en doble hilera, que era Roger Donovan, el agente de Seguridad del Gobierno, adscrito a la tutela personal del primer ministro de la Corona.

—Yo también lo espero, señor —suspiró Wade, guardando en su bolsillo el documento mediante el cual le era facilitada, a toda hora del día o la noche, la entrada y salida del número 10 de Downing Street, como miembro provisional de los servicios de seguridad y vigilancia del Gobierno—. Nunca me he movido por un recinto como éste, donde la menor parte del mismo es auténtico domicilio privado de una familia inglesa, y la mayor porción de él está destinado a burocracia, trámites oficiales, asambleas y reuniones políticas de alto nivel, y todo eso. Supongo que será difícil...

—Más bien engorroso —admitió con un resoplido Roger Donovan—. Antes estaba en el Almirantazgo, inspector, y aquello me resultaba mucho más agradable que moverme a la sombra de nuestro *premier*, cuidando de su persona. Por cierto, inspector Davis, ¿no será que en Scotland Yard temen alguna posible acción criminal contra el primer ministro, por parte de alguno de esos locos del IRA irlandés, o de algún terrorista palestino, tan puestos de moda...?

—No, creo que no —rio Wade de buen grado—. La cosa no debe ser tan grave. Creo que se trata de pura rutina policial. Medidas de cierta seguridad, o simple ensayo con vistas a posibles complicaciones futuras.

—Con el tiempo, amigo mío, los gobernantes necesitarán tener alrededor una legión de gentes armadas, por muy democrático y liberal que sea el régimen establecido, al paso que va el mundo. Hay cada vez más locos y fanáticos que matan sin saber por qué lo hacen siquiera, o sólo para aparecer al otro día en las primeras páginas de los periódicos...

—Es una época desquiciada la nuestra —convino Wade—. Pero siempre hubo criminales de todas las especies, Donovan. Incluso gente como... como Funny Face.

—Oh, ¿ese horrible individuo de la máscara de payaso? He leído detalles sobre sus crímenes. Es algo espeluznante. Tal vez se trate de un sádico, de un enfermo mental con obsesiones sexuales y cosas así. Es lo de la época, inspector.

—Ya era «lo de la época» en tiempos del Destripador, Donovan

—le recordó Wade con alguna sequedad—. Un enfermo mental... Evidentemente, lo es. Elige siempre las mismas víctimas: muchachas muy jóvenes, alegres, atractivas, y que se están divirtiendo en alguna parte, preferentemente clubs musicales, *pubs* o establecimientos públicos... Siempre al atardecer. Y siempre cerca de esta zona...

—¿Cerca de esta zona? —Roger Donovan enarcó sus gruesas, erizadas cejas rojizas, casi cómicamente. Sus azules ojos, pequeños y agudos, se clavaron en Wade con cierta extrañeza—. ¿De veras, inspector? No había caído en ello...

—¿No ha oído en ninguna ocasión, con motivo de esos asesinatos al atardecer, las sirenas policiales en las cercanías de Downing Street, Donovan?

—Los muros de esta casa son gruesos. Aun así, tal vez las oyera, pero no había caído en la cuenta de tal detalle. De todos modos, la audacia del asesino no creo que le haga venir hasta esta casa, pongamos por ejemplo, en busca de una joven atractiva y jovial, como la señorita Harrison, pongamos por caso... Sería horrible, pero creo que, afortunadamente, está fuera de toda hipótesis razonable esa fantástica posibilidad. Un obseso sexual, jamás se aproximaría al 10 de Downing Street en busca de víctimas... Y menos aún, se le ocurriría pensar en... la hija del *premier* británico.

—Eso lo ha dicho usted, Donovan, no yo —rio suavemente Wade, entre dientes, como si se limitara a seguir una macabra pero trivial conversación de pura broma sobre tan sórdido tema—. Recuerde que no sólo encontraría aquí a la hija de un *premier* de la Corona, sino a otras jóvenes y bellas muchachas... como la doncella Norah Wallace o la secretaria Susan Landis, funcionaría del Gobierno igual que usted...

Capítulo VII

BELLAS CRIATURAS

LE gustó encontrarlas precisamente juntas a ambas.

Pudo estudiarlas con interés, mientras hablaba con las dos a la vez. Un interés que se repartía entre lo fríamente profesional y la lógica curiosidad de su sexo hacia el opuesto.

Si Norah Wallace podía considerarse una belleza algo tosca, agresiva incluso, y no sólo por la rotundidad de sus curvas opulentas, el atractivo sobrio de Susan Landis no le iba a la zaga, pese a su diferente matiz. Porque aunque el encanto femenino de la secretaria era suave y armonioso, un detalle coincidía con la doncella, poniendo en la joven una cierta nota de vulgaridad: su prominente busto, más propio de una chica de la condición social de Norah, que no de la correspondiente a la funcionarla del Gobierno.

También poseía caderas acentuadas, pero eso lo disimulaba con su sobrio vestido oscuro, mientras que Norah realzaba el detalle con su minifalda, poco discreta para moverse por las dependencias de aquel edificio.

—Esas pobres muchachas... —comentó Norah Wallace, estremeciéndose mientras limpiaba el polvo al suntuoso despacho en el que ahora Susan Landis mecanografiaba con celeridad unos documentos—. Resulta terrible imaginarse a alguien saliendo de la niebla, capaz de tan horrendos hechos. En Londres, hoy en día, ninguna muchacha podemos sentirnos realmente segura.

—Creo que nunca hubo ninguna segura en esta ciudad —

comentó Wade, ceñudo—. Debe ser cosa de la humedad, pero lo cierto es que en todas las épocas han proliferado entre nosotros los perseguidores de bellas criaturas del sexo femenino...

—¿A qué achacaría usted esta serie de muertes violentas, inspector? —era Susan Landis quien se interesaba, curiosa, clavando en él unos ojos grandes, de un verde oscuro profundo que contrastaba con el tono oscuro de sus cabellos y de su propia piel.

—A demencia —dijo escuetamente Wade Davis—. No puedo encontrar otro motivo más concreto.

—¿Demencia sexual? —sugirió la doncella, inclinando hacia él su respetabilísimo torso.

—No, no hubo nada de eso —rechazó Wade—. Sólo la violencia directa de la agresión, sin pretensión de sorprender a la víctima en un lugar desolado o impune. En eso, estos crímenes se diferencian de otros similares cometidos anteriormente. Hay violencia rápida, eficaz. El asesino mata sin errores. Pero no se ensaña en el crimen. Ni parece desequilibrado sexualmente. Aunque a veces, el simple hecho de matar puede indicar un mal de ese tipo, al menos si hacemos caso a Freud...

—Pero siempre que se mata a alguien... existe un motivo, ¿no cree, inspector?

—Señorita Landis —respondió Wade a la secretaria del *premier* Harrison—, de por sí, la locura de un criminal, ya es un motivo concreto. En su mente, el culpable cree tener una razón determinada para sus actos. Y actúa conforme a ese móvil, como lo haría una persona perfectamente normal.

—Siendo un loco, resulta sorprendente que ustedes, los policías, no le hayan dado caza ya —comentó Norah Wallace, rozándose descaradamente con Wade al limpiar el polvo de una estantería de voluminosos libros encuadernados en piel. Y le miró, con cierta picardía muy femenina, aunque descarada; como podía mirar al tendero habitual o al policía Peters cuando pelaba la pava con él, en la niebla de Downing Street.

—Es que, mi joven amiga, ese hombre puede estar loco... pero no significa que sea tonto, ni mucho menos —suspiró Wade Davis, dejando a ambas en el amplio despacho, y alejándose por las estancias pulcras y sobrias del famoso edificio del Gobierno.

—De modo que volvemos a vernos, inspector Davis...

Wade giró la cabeza, reconociendo la voz. Era un poco más aguda y menos intensa de tono que la de su hermano. Pero también guardaba un curioso parecido en su entonación con la de Edgar Harrison, el primer ministro.

—Ah, señor Harrison Scott —saludó, cortés, al fotógrafo de New Oxford. Street—. Es un placer saludarle de nuevo...

—Lo mismo digo, inspector —Larry H. Scott le contempló lleno de profundo interés y curiosidad, y se tocó el mentón, como si reflexionara sobre los motivos de la presencia del policía en aquella casa—. No vengo mucho por aquí, pero de vez en cuando recuerdo que tengo un hermano ilustre... ¿Usted frecuenta habitualmente esta casa?

—Por ahora, sí —sonrió Wade—. Estoy adscrito al servicio de su hermano.

—Ya —un destello de recelo cruzó los ojos astutos del fotógrafo de arte—. Es curioso. No me habló de eso cuando me visitó en mi estudio...

—Entonces no había sido aún destinado a este puesto —comentó Wade, con la mayor inocencia del mundo—. ¿Le preocupa realmente tal cosa, señor Scott?

—¿Preocuparme? Oh, no, ¿por qué había de hacerlo? Pero antes se ocupaba usted de... de la pobre Sheila. Y ahora... esto parece muy diferente a aquel horrible caso de las muchachas asesinadas...

—Bueno, en cierto modo no ando lejos del escenario de esos hechos —sonrió Wade—. No olvide que todos los crímenes, hasta ahora, se han cometido en la vecindad de Downing Street.

—¿De veras? —el asombro se unió al recelo ahora, cuando menos en su gesto. El hermano del *premier* movió la cabeza, volublemente—. Bueno, debo ver a mi hermano lo antes posible. Creo que está muy ocupado hoy, y si dejo que el psiquiatra entre antes que yo, habré perdido un tiempo precioso...

—¿El psiquiatra, ha dicho? —se sorprendió Wade.

—Oh, por supuesto. El doctor Peter Durharn, el más famoso y caro psiquiatra de Londres. Hoy en día, todos necesitamos uno. Edgar se encuentra bien de salud, pero prefiere cuidar su equilibrio nervioso. Hay demasiadas cosas en el país que dependen de él, y la situación económica no es demasiado buena... Conviene estar

mentalmente muy sano y lúcido para gobernarnos a los ingleses, ¿no cree usted, inspector?

—Sí —asintió Wade, reflexivo—. Sí, muy sano mentalmente, es cierto...

Y siguió con mirada intrigada al hermano del *premier*, en su marcha decidida hacia el despacho del primer gobernante de la nación.

No estaba pensando en él, sin embargo. Ni en su hermano Larry tampoco.

Pensaba en un hombre llamado Peter Durharn, psiquiatra famoso y caro. El responsable oficial de la salud mental del primer ministro de Gran Bretaña...

Salud mental...

Tal vez era sólo un pensamiento fantástico, pero...

* * *

—Wade, no sé cómo consigues cosas así. ¿No has pensado en la posibilidad de que, cuando el superintendente Prescott se entere, te envíe, como tú dices, a patrullar de nuevo por las calles, como un vulgar *bobby*?

Wade se echó a reír ante el comentario, y sacudió la cabeza. Sopló la espuma de la gruesa y ventruda jarra de cerveza, y escuchó distraído la música *folk* de los dos guitarristas y el cantor del *pub*, al fondo del mostrador largo, cubierto totalmente por jóvenes amantes de aquel estilo musical y de sus intérpretes.

—Es el riesgo que corro —admitió—. Por fortuna, de momento, el superintendente aceptará como bueno el informe del Gobierno, notificándole que el inspector Wade Davis ha sido elegido como miembro al servicio de la seguridad del primer ministro, de modo provisional, y «por estrictas razones de orden interno». Es muy ambiguo pero bastará. Scotland Yard no puede oponerse a una decisión del Gobierno, y no lo hará, aunque eso no quite para que el superintendente esté un poco mosqueado con ello. Lo que cuenta es que, de modo oficial, no puede hacerme nada.

—Ya veremos si lo hace o no, en cuanto tenga ocasión —dudó la muchacha. Tomó un sorbo de su propia cerveza, y siguió con la cabeza y una mano el compás de la música *folk*—. Wade, ¿de verdad crees que vas a sacar algo en limpio en ese edificio?

—Imagino que sí. Estoy observando a sus ocupantes todos: desde

el servicio hasta los que trabajan directamente con el ministro. Y sin olvidar a éste, a su hermano el fotógrafo, y al agente Donovan, del Gobierno.

—¿Un agente del Gobierno? Wade, ¿es que sospechas de todo el mundo?

—Brenda, partamos de una base cierta: Funny Face es algo más que un vulgar criminal, astuto y despiadado. Lo cierto es que está loco. Elige bellas víctimas del sexo femenino por esa sola razón. Nadie mata al azar, a una chica tras otra, por un motivo concreto, común a todas ellas. Ese motivo es patológico, podría jurarlo. En suma: nuestro hombre, el asesino de *City of Westminster*, está loco. ¿Aceptado, Brenda?

—Aceptado, sí —ella le estudió, curiosa, con un chisporrotear alegre y a la vez astuto en el fondo de sus ojos verdes—. Veamos: ¿adónde vas a parar con todo eso, Wade Davis?

—A esto, sencillamente: cualquiera puede estar loco. Cualquiera, Brenda. Desde el primer ministro, al último hombrecillo del hampa de Londres, ¿te das cuenta? La mente y su equilibrio no es un privilegio de una especial personalidad política, social, económica o de cualquier otro tipo. Se puede estar rematadamente loco, anormal por completo, sin manifestarlo públicamente nunca. El loco es, habitualmente, un tipo lleno de astucia, sagacidad y recursos para encubrir su propia tara mental.

—En resumen: sospechas hasta del primer ministro... —suspiró Brenda.

—De él, en primer lugar —confesó Wade abruptamente—. Por él estoy allí, aunque no lo creas.

—¡Cielos, Wade, si te oyera el superintendente! ¡Si lo supiera el *premier*!... Habías hecho tu carrera definitiva.

—Debo correr el riesgo. Sé a lo que me expongo. Pero no pienso en mi carrera, sino en la vida de esas pobres chicas... Brenda, el *premier* tiene un psiquiatra que le visita regularmente, hoy me he enterado.

—Eso no significa nada —rechazó Brenda—. Yo he ido ya varias veces a la consulta de un psiquiatra. Todos tenemos hoy día los nervios fuera de control. Se sufren depresiones, sobreexcitaciones agudas a veces... No tiene valor como prueba, Wade.

—Claro que no. Pero desvirtúa un poco mis sospechas: un

psiquiatra de la categoría del doctor Peter Durham, difícilmente sería burlado por un enfermo mental, por astuto que él fuese...

—Aunque supiera algo, un psiquiatra no puede revelar su secreto profesional, Wade. Sólo su consultorio y él conocen el secreto...

—Su consultorio... —Wade la miró de repente, con curiosidad—. Eh, eso es una idea, Brenda. No se me había ocurrido.

—Espera un momento —se alarmó Brenda, mirándole inquisitiva—. ¿Qué se te está ocurriendo, Wade? No estarás pensando en asaltar un domicilio para...

—Eso es, justamente, lo que estoy pensando —sonrió Wade Davis, sardónicamente.

* * *

El silencio alrededor del edificio era profundo. La soledad de la calle, inalterable durante largos, larguísima minutos.

A aquellas horas de la noche, la calle Harley, especialmente destinada a los consultorios de los más prestigiosos médicos de Londres, no tenía motivo alguno para ser frecuentada por nadie. Los médicos no recibían a tales horas, y los consultorios aparecían cerrados y vacíos.

Wade había contado con todo ello. Y con el ritmo de vigilancia de cualquier policeman normal. Esperó, por tanto, a que el de servicio diera una pasada por el lugar, para lanzarse entonces a la acción rápida y sigilosa, sabiendo que contaba, cuando menos, con doce o quince minutos de margen para realizarla, antes de que el agente volviera a recorrer aquel punto de la calle Harley (1).

(1) Harley Street es la calle londinense destinada casi integrar-mente a consultorios médicos, por cuyo motivo ha adquirido su fama.

El consultorio del doctor Peter Durham, médico psiquiatra, según rezaba ostensiblemente la placa de su puerta, no era una excepción en la calle de los galenos londinenses. En apariencia, no había nadie dentro. Y Wade contaba con ello para sus planes. La gran mayoría de los médicos allí domiciliados, solamente tenían el consultorio en Harley Street, y residían por regla general en algún otro punto de Londres, bastante alejado de allí.

El juego de llaves ganzúas de Wade, resultó suficientemente útil para la ocasión. A la tercera llave maestra, la puerta del consultorio

cedió, sin ruidos ni problemas. Se encontró poco más tarde en el interior del consultorio psiquiátrico, sin sentir especiales escrúpulos por su acción.

Wade opinaba que un policía no podía ser siempre estrictamente honesto en el desempeño de su labor, a riesgo de que el adversario, el criminal, tuviera siempre notable ventaja sobre las fuerzas de la ley. A veces, era preciso recurrir a procedimientos poco edificantes, pero muy provechosos en sus resultados. Sólo que esos métodos se quedaban en el secreto del sumario, y nunca salían a la luz, para que el buen ciudadano británico no se escandalizara más por lo que era capaz de hacer uno de sus policías, que por lo que hacían impunemente la mayoría de los rufianes y criminales del país.

En menos de cuatro minutos, estuvo dentro del consultorio, propiamente dicho. Había muebles metálicos, archivadores herméticamente cerrados, cerca de la mesa despacho donde el doctor recibía a sus visitas. Anexo, tenía un gabinete de trabajo, para atender a sus pacientes. Wade observó, igualmente, que poseía un armario con grabaciones magnetofónicas obtenidas, sin duda, de confidencias privadas de sus clientes. El armario le costó trabajo de abrir. Las cintas no mostraban nombres, sino cifras-clave, que sólo él descifraría sin duda.

A Wade no le importaban las confidencias psiquiátricas del gran mundo londinense, y dudaba mucho que el primer ministro Harrison hubiera grabado algo de sus propias sesiones como paciente, ya que las mismas tenían lugar en el 10 de Downing Street.

Wade Davis renunció a inmiscuirse en algo tan estrictamente confidencial como eran las confesiones de los pacientes de un médico psiquiatra, y limitó su búsqueda a un mueble archivador donde descubrió, al manipular en la cerradura con una de sus especiales ganzúas planas, una amplia serie de fichas por orden alfabético.

Seguro de que su despacho no sería asaltado por nadie, el doctor Durham no velaba con códigos extraños su fichero profesional. En cada letra, se hallaban los pacientes de dicha inicial. De modo que Wade limitó la búsqueda a la letra H.

Y en ella, un nombre: Harrison.

Se llevó una pequeña sorpresa cuando halló las dos carpetas.

Correspondían a ambos hermanos: Edgar y Lawrence Harrison. El premier británico, y el fotógrafo de arte. Los dos eran pacientes del doctor Durham.

—Eso no lo había mencionado Larry —masculló Wade entre dientes, haciendo funcionar su linterna y proyectando un chorro de luz sobre ambas fichas, abiertas encima de la mesa del despacho médico.

Leyó los datos clínicos referentes a ambos. Luego, guardó las carpetas en su lugar original. Cerró el mueble. Y salió cautelosamente del despacho. Dejó pasar unos minutos sin asomar a la puerta.

Los pasos del policeman de servicio resonaron, rítmicos, calle arriba. Los dejó alejarse. Luego, abandonó definitivamente el edificio, sin dejar tras de sí huella alguna de su paso.

Ahora sabía algo más sobre los Harrison. Pero no estaba seguro de que eso aclarase nada en particular, sobre el caso de las hermosas muchachas asesinadas.

Especialmente cuando, a la altura ya de Trafalgar Square, vio pasar varios coches-patrulla de Scotland Yard, y se cruzó con una ambulancia que descendía hacia Northumberland'.

Intrigado, siguió en esa dirección. Se cruzó con un grupo de jóvenes melenudos, de barba descuidada y sucios *blue-jeans*, que hablaban entre sí excitadamente, y miraban hacia atrás repetidamente. Dos de ellos llevaban guitarra, al hombro, y una muchacha apretaba nerviosamente una armónica entre sus dedos cubiertos de anillos de metal barato.

—Pobre chica... —decía uno—. Ha sido espantoso...

—No hay duda de que se trata de la misma persona —comentaba otro—. Ese monstruo...

—¿Y qué hace la policía? —se quejó amargamente la chica de la armónica y los anillos, soltando un chasquido con la lengua—. Meterse con gente como nosotros, en vez de buscar a ese carnicero maldito... ¡Así anda el mundo, malditos sean todos!...

Wade empezó a inquietarse. Aceleró el paso, Northumberland abajo, hacia el río. Se detuvo a la altura de Graven, y miró hacia su interior, en el cruce con el pasaje del mismo nombre, a espaldas de la estación de Charing Cross.

Era allí. Fuese lo que fuese, era allí.

Avanzó, rápido, hacia el grupo de coches detenidos, el cordón policial y el centelleo de los indicadores de la ambulancia. Se abrió paso. Exhibió su credencial a los policemen, que se hicieron a un lado. Llegó justo al escenario del suceso.

—¡Brenda! —rugió, descompuesto repentinamente, al descubrir un mechón de cabellos rojos bajo una manta, un charco de sangre, y en medio de éste una cámara fotográfica que conocía muy bien: la «Zeiss Ikon» de Brenda Weston, con la lente de su objetivo hecha añicos en el suelo.

Y todo el suelo asfaltado, húmedo y charolado bajo sus pies, pareció temblar y abrirse como en un terremoto, para engullirle a un abismo sin fin.

A su espalda, sonó la voz aguda del superintendente Prescott:

—Vaya, inspector Davis... Parece que olfatea la sangre, como un buen sabueso... ¿Ha llegado aquí por pura casualidad, o le informaron de este nuevo y horrible crimen?

Wade se volvió, mortalmente pálido, estremecido de ira y horror, hacia su superior jerárquico. Este le contempló, alarmado.

—Señor... —la voz de Wade era casi irreconocible—. Señor... Es ella, ¿verdad?... Brenda Weston, la muchacha fotógrafo del Weekly Pop, ¿no es cierto?

Y esperó oír la tremenda respuesta que sabía inevitable...

Capítulo VIII

MÁS CERCA

EL superintendente Prescott le miró largamente en silencio. Luego, muy despacio, movió la cabeza.

En sentido negativo. Su voz coincidió:

—No, inspector. No es Brenda. Pero pudo haberlo sido... Esa sí es su cámara...

Wade respiró hondo, sin llegar a creerse aquellas palabras. Se inclinó, rápido, con una súbita y tremenda decisión. Le temblaba la mano.

Alzó la manta. Sufrió un espasmo. Casi náuseas. Esta vez era peor. Mucho peor que en ninguna otra ocasión previa.

El asesino se había excedido. El cuello de la muchacha aparecía segado de oreja a oreja. La cabeza colgaba de lado, entre un baño abominable de color escarlata, que corría sobre el asfalto húmedo. Algo dantesco.

Había sido una hermosa criatura también. Pelirroja, llamativa, con pantalones de pana muy ceñidos, con una blusa abotonada, que había desprendido sus botones en la pugna breve con el asesino. No tendría más de diecinueve años. Los desorbitados ojos azules se clavaban en la nada. La boca carnosa mostraba un rictus de miedo y dolor sin límites.

El arma yacía a sus pies. Era un ancho machete, capaz de degollar a un toro en un instante. El filo centelleaba como si fuese de frío hielo, a la luz de los coches patrulleros. Enfrente, un cinematógrafo anunciaba un filme musical de éxito. Había gente en

la puerta y policías controlándola.

—Sí, Wade —dijo Prescott—. Salía del cine cuando ocurrió. Se encaminaba a ese club...

La mirada de Davis siguió el ademán de su jefe. Contempló una pequeña *discothèque* cercana, con puerta angosta y luces fluorescentes rojas y azules, haciendo guiños absurdos en la noche.

—Y yo salía del club en ese momento —sonó una apagada voz temblorosa, muy cerca de Wade.

Este, sobresaltado, gratamente sorprendido, giró en busca de la persona que hablaba. Se precipitó sobre ella, estrujando sus manos, sus brazos, mirando su rostro con anhelo.

—¡Brenda! —susurró—. ¡Oh, Brenda, Dios sea loado! Creí lo peor hace poco...

—Lo sé —musitó ella, algo pálida, mirándole animosa a los ojos—. Te oí... Estaba dentro de ese coche, con el agente Nolan, de tu Departamento.

—¿Nolan? Es experto fotográfico de Scotland Yard...

—Lo sé. Le preguntaba por la fotografía que es preciso revelar.

—¿Revelar? —parpadeó Wade.

—Ahí —señaló Brenda la cámara—. Pude fotografiar a Funny Face.

—¡Cielos, no es posible! —jadeó Wade—. ¿Y él lo advirtió?

—Sí. Me atacó —ella respiró hondo—. Cuando me vio disparar la cámara, me atacó. Quiso recuperar el machete con el que había degollado a esa muchacha, justo ante mis ojos... Yo intenté huir, se me escapó la cámara de las manos, y él la golpeó, intentando luego tomarla consigo.

—Pero salía gente del cine y del club, tras el alarido terrible de la muchacha y los gritos de Brenda —explicó a su vez el superintendente, frotándose el mentón, ceñudo—. No pudo perder más tiempo, o no hubiera tenido evasión posible. Escapó de aquí a la carrera, perdiendo la cámara, aunque logrando romper su objetivo...

—¿Cómo era, exactamente? —se interesó Wade, mirando a la muchacha.

—Su rostro era imposible de adivinar. La máscara de goma le cubría totalmente la cara. Llevaba una especie de gorro negro impermeable, sobre los cabellos, ocultándolos... Su figura era de

estatura media, completamente normal. No sé si gruesa o delgada, porque el impermeable flotaba ampliamente en torno y era muy oscuro. Iba enguantado. A través de las rendijas de su máscara, vi brillar los ojos y, ciertamente... eran terribles. Fríos, centelleantes, crueles, inyectados en sangre...

—¿El color de sus pupilas, Brenda...?

—No podría asegurarlo. Puede que fuesen azules. O quizá pardas, verdes, grises acaso... No, Wade. No podría asegurar nada al respecto...

—Sí, entiendo —resopló el inspector, asintiendo—. Es suficiente. Demasiado, después de lo que te ha tocado vivir aquí ésta noche. Brenda, amiga mía...

—¿Amiga? Del modo como reaccionó al creer que era la víctima, hubiera jurado que son novios y están a punto de casarse —fue el comentario del superintendente Prescott.

Brenda enrojeció, y Wade eludió la mirada, contemplando la maniobra de cargar el cuerpo de la infeliz muchacha dentro de la ambulancia. Clavó sus ojos en el rojo charco de sangre, en el machete centelleante, que retiraban con cuidado, aunque todos estaban convencidos de la ausencia de huellas dactilares.

—Otra vez la misma zona... —comentó entre dientes—. A menos de diez minutos andando... tenemos Downing Street...

Sólo Brenda captó su comentario. El superintendente estaba pensando en algo diferente, algo que se apresuró a manifestar, haciendo una pregunta a su subordinado:

—Davis, ¿cómo le van las cosas con el primer ministro?

—Bien, bien —se evadió Wade—. Allí nunca hay novedades...

—Le necesito en esto, inspector —le recordó Prescott—. Mañana, la Prensa nos va a poner verdes. Una fotografía de ese enmascarado, no creo que aclare gran cosa, pese al mérito que ello tenga, en lo que respecta a la señorita Weston. Con ello no lograremos detener las críticas contra nosotros, Davis.

—Lo supongo, señor. Pero, momentáneamente, no puedo ocuparme de ello. Me debo al Gobierno puesto que me eligieron...

—¡Le eligieron! ¡Aún me pregunto cómo diablos se les ocurrió en Downing Street elegirle precisamente a usted! —se enfureció el superintendente—. Eso es algo que no perdonaré a este Gobierno mientras viva. ¡Cuando vengan las elecciones, juro que votaré al

otro partido, rompiendo mi tradición de veinte años!

Wade se preguntó interiormente lo que haría su jefe si llegara a saber alguna vez que era culpa de él directamente haber sido elegido, para el 10 de Downing Street...

—Lo siento, señor —habló—. Es tarde, y entro de servicio dentro de diez minutos. Puesto que nada puedo hacer aquí, volveré a mí tarea...

—Está bien, váyase ya, por todos los diablos —rezongó Prescott—. Usted, señorita Weston, venga conmigo. Intentaremos revelar esa fotografía lo más perfectamente posible, en los laboratorios de Scotland Yard. Creo que debemos concederle el honor de supervisar esa tarea por sí misma...

—Gracias, superintendente. Será un placer —declaró Brenda modestamente. Miró luego a Wade, con cierta ironía, muy recuperada ya de su impresión anterior— Bien, Wade; te deseo un confortable trabajo en el Gobierno. Allí, después de todo, nunca ocurre nada. El peligro está siempre en las calles de Londres, ¿no es cierto?

Davis no dijo nada. Contempló cómo se alejaba con el superintendente y desaparecían en uno de los automóviles oficiales rumbo a New Scotland Yard. Él se encaminó calle abajo, de regreso a Northumberland, para tomar después por Whitehall, en dirección a Downing Street.

Iba pensando en la sexta víctima de Funny Face. Una muchacha más, con ésta el ensañamiento había sido feroz, convirtiendo el crimen en un baño de sangre. Luego, Brenda había corrido auténtico peligro mortal.

Recordando el hecho de que los ojos asesinos se hubieran fijado en ella por unos dramáticos momentos, la inquietud asaltó a Wade Davis. Era peligroso que el asesino se supiera fotografiado por una muchacha que, como todas sus víctimas, era joven y muy atractiva...

Muy peligroso para Brenda, aunque ella no se diera exacta cuenta de ello.

En especial, si alguien de Downing Street llegaba a verla alguna vez.

Llegó a la calle en silencio. La neblina era ligera esta noche. El policía de servicio no era esta vez Harry Peters. Hubiera sido

demasiado casual. Wade le mostró su documento oficial. El agente saludó, haciéndose a un lado. Wade se detuvo, antes de entrar.

—Agente, ha tenido que venir alguien en esta última hora —dijo, afirmando más que preguntando.

El policía enarcó las cejas, bajo el tradicional casco de policeman británico.

—¿Alguien, señor? —dudó—. No, que yo recuerde...

—Piénselo bien, agente. Tuvo que entrar alguien en este edificio, estoy seguro.

—Bueno, a excepción del señor Harrison, que volvía del Almirantazgo...

—¿El *premier*? —los nervios de Wade se pusieron tensos—. ¿Venía solo?

—El nunca vuelve solo, señor, y menos de noche, tras una visita oficial —rechazó el policía—. Le acompañaba su chófer, naturalmente.

—¿Nadie más?

—No, nadie más. Recuerde que su chófer es miembro de Seguridad...

Wade sabía eso a través de Roger Donovan. Pero no le bastaba. Estaba pensando: el Almirantazgo... El edificio terminaba justamente en Charing Cross y Northumberland.

¿Casualidad, simplemente?

No lo creía. Estaba seguro de que no era casualidad.

En aquel momento, unas luces potentes asomaron por la extremidad de Downing Street. Barrieron la calle, proyectando las sombras agigantadas del policía de servicio y de Wade Davis contra el muro. El coche se aproximó, rugiendo su potente motor. Era un negro «Rollos» de matrícula oficial.

—Alto —avisó el policeman, alzando un brazo—. Está prohibido aparcar aquí, señores...

—¿Prohibido? —sonó la voz irónica del altivo chófer uniformado—. Agente, usted delira. Este es el coche oficial de un alto miembro del Almirantazgo. Y viaja en él la persona que más derecho tiene a detenerse donde guste...

Esto diciendo, alguien abrió mientras tanto la portezuela del negro «Rollos»... ¡y el primer ministro Harrison en persona descendía del coche, con impecable traje negro y corbata oscura!

Se quedó mirando al policía y a Davis con expresión de pocos amigos. Su cabello canoso brillaba a la luz.

—¿Qué les pasa a los dos? ¿Es que están viendo visiones, acaso? —exclamó de mal talante el premier británico.

—Me temo que sí, señor... —balbució el policía, mirando angustiado a su superior, sin saber qué partido tomar.

Wade, dominando su sorpresa, tomó las riendas de la situación.

—Lo cierto, señor ministro, es que ya hay un Edgar Harrison dentro de su domicilio... —dijo, con frialdad.

REFLEXIONES EN UN OJO CRIMINAL (III)

«HA sido mi golpe maestro.

Sus expresiones de asombro, su desconcierto total... Ni siquiera ese astuto policía imaginaba tal golpe teatral. Estoy seguro de que aún no sabe cuál era el verdadero Edgar Harrison, si el auténtico... O YO.

He aprendido mucho de mi padre. Él también era un gran artista en el difícil arte de la imitación... El mejor que ha habido jamás. Lástima que esa maldita gente, esta sociedad detestable, terminase con él de ese modo infame e imperdonable...

Pero ya lo están pagando. Y a alto precio. Lo están pagando todo. Yo, personalmente, me ocupo de ello. He logrado enloquecer por unos momentos a todos los ocupantes de Downing Street. A todos menos a mí, naturalmente.

Ha sido divertido presenciar sus idas y venidas, sus pesquisas, sus confirmaciones... Especialmente, todo eso resulta divertido cuando se está al margen, cuando nadie sospecha de uno, y se permanece al margen del juego, como simple espectador.

Esa muerte de hoy fue particularmente brutal, lo admito. No me gusta llegar a tal delirio de sangre, pero era preciso. Creo que era preciso, porque he estudiado de cerca a ese policía, a Wade Davis... y podría sospechar la verdad. O parte de esa verdad, y no me conviene que se fije en ciertos detalles.

Esto le habrá desorientado, alejándole de cualquier teoría acertada. Ha sido un crimen distinto, y eso le alejará más aún de

cualquier sospecha en torno a mí.

La fuerza, la contundencia, la energía precisas para esa muerte, han sido mí mejor recurso.

Lástima de esa maldita muchacha pelirroja...

Es muy bella. Y muy joven, sí. Estaría mucho mejor como las otras: muerta.

Tuvo que fotografiarme cuando escapaba. Claro que una fotografía nada significa, llevando yo el disfraz de Funny Face; pero ¿y si se le ocurre estudiar muy a fondo esa fotografía, y llegaran a advertir algo en mí que probara que soy...?

No, no. Espero que no. Estoy preocupándome tontamente. Nadie va a sospechar nada, por un simple hecho así. Estoy plenamente convencido de que no advertirán detalle revelador alguno en mi fotografía.

Si fuese un filme, la cosa cambiaría. Tal vez algo en los movimientos, en los andares, pudiese dar motivo a que sospecharan...

De este modo, no. Nada va a suceder. Sólo que creerán estar algo más cerca de una solución. Especialmente, ese inspector...

Está actuando de un modo muy directo y decisivo. No se anda con rodeos, debo admitirlo. Incluso ha logrado galvanizar a todos los demás ocupantes del 10 de Downing Street, que se apresuran a prestarle toda clase de ayuda...

Yo también le ayudaré, claro. Cuando menos, le ayudaré a confundirse, a no saber por dónde anda, realmente. Porque, después de todo, él no sabe nada. Ni puede saberlo. No ha llegado siquiera a lo más importante. A lo único que podría descubrirme ante él: mi motivo.

El móvil de mis magníficos crímenes...»

Capítulo IX

EL MÓVIL

—**E**L móvil, sí. Eso he dicho, Donovan.

Roger Donovan, de la Seguridad del Gobierno, miró perplejo a su interlocutor.

—Pero inspector, todo el mundo está de acuerdo en que ese criminal que anda suelto por las calles de Londres... no tiene otro motivo para matar que su propia mente enferma. Está fuera de toda duda, a juicio de psicólogos, médicos y colegas suyos de Scotland Yard, de que se trata de un demente, de un maníaco...

Wade afirmó despacio con la cabeza. Víctor Lambeth estudiaba, ceñudo, una serie de documentos a firmar por el premier; Susan Landis repasaba unos escritos mecanografiados, con preocupada expresión, y la doncella Norah Wallace, siempre exhibiendo de modo generoso e insultante su rotunda anatomía, se limitaba a limpiar vidrieras en los salones, con total indiferencia por cuanto sucedía en torno suyo.

—Sí, Donovan —corroboró, con energía—. Un móvil. Hemos estado demasiado seguros siempre de que no existía, de que todo era obra de un homicida desequilibrado...

—¿Y no es así?

—No exactamente, cuando menos.

—¿Qué le hace pensar de ese modo? —dudó el secretario personal del *premier* británico, girando la cabeza y contemplándole intrigado.

—Algo que se me ha ocurrido mientras interrogábamos a todos

los ocupantes de este edificio, tras la insólita suplantación de anoche, que obligó al primer ministro a volver del Almirantazgo en un coche de ese departamento, mientras un falsario ocupaba el asiento del señor Harrison en su propio automóvil, llegando a engañar al chófer y al agente de servicio, y entrando en esta casa como si fuese el auténtico premier...

—Sin embargo, se ha registrado todo a fondo, se ha examinado hasta lo más inverosímil... y no hay dentro nadie ajeno a este edificio, amigo mío —rechazó Dono-van, enérgico.

—Exacto. Están solamente todos los que estamos estos días —afirmó Wade—. Y los que estuvieron siempre, desde que Edgar Harrison fue elegido primer ministro.

—Ello resulta absurdo, pero evidente. ¿Tiene una explicación para eso?

—Sí —afirmó Wade—. El falsario es UNO DE NOSOTROS.

—¿Cómo? —se asombró Susan Landis, dejando caer uno de los documentos que repasaba.

—Lo que he dicho. Alguien sabe caracterizarse de modo tan parecido al *premier*, que pudo engañar al chófer y al agente. Alguien que, una vez hecho el engaño, se despojó de sus afeites y se confundió con los demás, adoptando su propia personalidad. Un audaz golpe de efecto que nos prueba que el asesino está AQUÍ, pero que no va a ser fácil dar con él, desgraciadamente.

—Davis, ¿ha pensado ya en el hermano del *premier*? —sugirió Donovan—. No pretendo acusar a nadie, pero... él podría muy bien pasar por su hermano...

—Ya he pensado en ello. Sólo que anoche no estuvo aquí Larry Harrison en ningún momento —cortó Wade secamente.

—Eso es cierto —convino Lambeth, el secretario, con nerviosismo. Sacudió la cabeza—. No sé... me hace sentirme incómodo. Sospecho de todo el mundo, y empiezo a sentir que todo el mundo sospecha de mí también. Con excepción de las mujeres... CUALQUIERA DE NOSOTROS puede ser Funny Face, si su horrible y fantástica teoría se confirma, inspector.

—Me aterra pensar lo que diría la opinión pública, la Prensa y la televisión, si esto trasciende al exterior... —gimió, con expresión angustiada, Roger Donovan.

—Nadie tiene por qué saberlo, mientras no sea absolutamente

preciso —rechazó Wade, con serena entonación—. Este es un asunto estrictamente confidencial, por el momento. Casi, casi, un secreto de Estado, señores. Y esa advertencia es para todos ustedes. Espero que el propio ministro se la formule en breves momentos.

Se encaminó a la salida, sin añadir más. Fue la voz de Susan Landis, la secretaria de Harrison, la que le detuvo aún:

—Habló usted de... de un móvil, inspector.

—Sí —afirmó Wade, volviendo ligeramente la cabeza hacia ella—. Hablé de un móvil, es cierto. ¿Por qué lo pregunta, señorita Landis?

—Simple curiosidad. Pero... ¿qué motivo puede existir para que un loco asesine a seis mujeres que no se relacionaban entre sí más que por el denominador común de su juventud, atractivo y desenvoltura?

—También los crímenes se cometen todos al caer la tarde, y en esta zona de Londres, señorita Landis. ¿No lo ha pensado así?

—¿Eso forma parte del supuesto motivo?

—Lo primero, quizá. ¿Por qué al atardecer?

—Supongo que porque la oscuridad favorece al asesino —sugirió Lambeth.

—Es una buena solución, sí. Pero también porque quizá se vea obligado a ello... —Wade alzó la cabeza y miró las piernas bien torneadas y generosamente exhibidas por la doncella Wallace. Sonriendo, elevó aún más los ojos, y trató de llegar más allá de su torso impresionante, para encontrarse con su rostro pícaro y sensual. Preguntó—: Norah... ¿Puede darme una respuesta?

—Las que quiera, inspector —se apresuró a responder ella, mirándole insinuante—. ¿Qué quiere saber?

—Norah, usted acostumbra a salir y entrar, bien sea por su propia labor en esta casa, bien porque haya amistades tuyas afuera con las que quiera charlar... —observó que la doncella se ruborizaba vivamente, y amplió su sonrisa, al añadir—: Bueno, por lo que sea, es posible que haya salido muchas veces a la calle al atardecer, ¿cierto?

—Cierto, señor —convino ella, de buen grado—. Precisamente terminé mi tarea sobre esas horas. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque quizá haya visto algo o a alguien que pueda servirnos de indicio... Norah, trate de recordar y dígame más tarde lo que

recuerda al respecto. Cuando ha estado hablando con Peters... cuando ha salido a algún establecimiento cercano o a algún recado... Quizá en esas tardes en que se cometieron los crímenes, vio o creyó ver a alguna persona de la casa entrando o saliendo sin motivo para ello... ¿De verdad que tratará de recordarlo, Norah?

—De verdad, señor inspector. —ella le guiñó un ojo disimuladamente—. ¿Puedo ir luego a su cuarto e informarle de lo que recuerde?

—Sí —sonrió Wade, encogiéndose de hombros—. Puede ir. Pero no se invente nada, muchacha... Quiero sólo realidades, cosas concretas. Es demasiado grave todo esto para edificar castillos en el aire, ¿se da cuenta?

—Me doy perfecta cuenta, inspector. No soy ninguna tonta.

—Perdone, Norah. No quise decir eso. Otra cosa: sea lo que sea lo que recuerde, no lo diga a nadie, excepto a mí. Recuerde que, si es cierto que el asesino vive aquí, como me temo... su vida, entonces, no valdría absolutamente nada. Y menos aún siendo, como es, una muchacha joven, atractiva... igual que todas las mujeres asesinadas.

Salíó de la estancia, y el gesto habitualmente risueño y malicioso de la doncella se tornó por vez primera preocupado, ante las palabras que el policía le había dirigido.

* * *

El superintendente respondió al otro extremo del hilo:

—Sí, Wade. Hemos examinado minuciosamente esa fotografía. Hemos hecho ampliaciones, hemos realizado toda clase de pruebas y ensayos con ella... Brenda estuvo presente en todo momento. Nos ha sido de mucha ayuda.

—¿Y bien...? ¿Qué resultados obtuvieron?

—No muy brillantes, amigo mío. El disfraz no deja ver cosa alguna de quien lo luce. Pero, evidentemente, no es una persona muy alta. Bastante menos de lo que parece. Bajo la larga gabardina o impermeable, se aprecian sus pies. Juraría que lleva grandes suelas, para alzar la figura. Brenda está de acuerdo conmigo.

—Aun así, no dijo ella que pareciese muy alto el asesino...

—No, no lo parecía. Digamos que su estatura no es muy elevada por cierto.

—Eso coincide también con el *premier* y con su hermano —

manifestó roncamente Wade.

—Ya lo sé —convino el superintendente, que estaba al fin al corriente de ciertas sospechas, comunicadas recientemente por Davis—. Inspector, ¿qué podemos hacer ahora? Ya no tenemos otra cosa con la que trabajar en el caso...

—Está la fotografía. Usted ha dicho antes que la examinaron por alguna razón que expuso Brenda...

—Fue sólo algo que apuntó, a título de observación. Más una corazonada que otra cosa, según ella. Pero no resultó, Wade. Olvídelo. No hay nada que confirme hecho tan peregrino.

—¿Qué hecho es, en concreto? Preferiría saberlo, aunque no lo vaya a tener en cuenta, señor.

—Está bien, se lo diré.

Wade se echó atrás, repentinamente intrigado. Arrugó el ceño. Permaneció en silencio. Luego, se limitó a murmurar:

—Sí, parece tan improbable... Y, sin embargo...

—Davis, no se forje nuevas teorías fantasmales. Ya tenemos bastantes problemas con haber ido a fijarse usted en ese edificio, precisamente. Y en la gente que lo ocupa. Es como andar en un avispero.

—Señor, está el otro aspecto de la cuestión, el que le comuniqué antes. ¿Han investigado algo al respecto?

—No, todavía no, inspector. Pero estoy esperando noticias y... ¡Un momento! Lllaman por el otro teléfono. No se mueva aún.

Esperó Wade. Oyó la voz excitada del superintendente. Luego, Prescott continuó:

—Ya está, Wade. Tengo los datos respecto a su solicitud.

—¿Y bien...?

—Positivos, inspector. Acertó usted.

—Cielos... Hemos dado con el motivo, entonces.

—Exacto. Supongo que lo demás será fácil... Los hechos ocurrieron exactamente hace ahora dieciocho años. En Londres también. Fueron muchachas todas. Muy jóvenes, muy bellas. En lugares solitarios. Pero hubo violación entonces...

—Ya. ¿Y el culpable...?

—Murió en el manicomio. Se probó su culpabilidad en todos los delitos. Un demente rematado. Eso le salvó de la horca. Era un desequilibrado, un maníaco... Había sido actor. Un actor de

vaudeville, muy conocido como imitador de voces y de personalidades en la escena.

—Imitador... Actor... —habló Wade en voz alta—. ¡Cielos, señor! Eso podría ser...

—Sí, sé lo que quiere decir. Pero el hombre murió, no hay duda sobre eso. Se llamaba Milton Lane. Tienen su certificado de fallecimiento en el establecimiento psiquiátrico del Estado donde fue recluido al librarse de la pena capital...

—¿Tenía familia?

—¿Familia? Hum, no sé... Dicen que consta como viudo...

—Viudo... Pudo tener hijos. Pídame esos datos, lo antes posible. Un hijo, si existe. Y quiero su edad posible, su descripción si existe, su paradero actual, todo lo que se pueda reunir sobre él...

—Está bien. ¿Cree que eso servirá de algo, Davis?

—Señor, estoy seguro de ello. Más seguro de lo que nunca estuve de nada en este mundo. Tenemos un asesino demente, sí. Alguien que heredó el mal de su padre, sin duda alguna. Que mata por demencia criminal. Pero, aparte de eso, quizá tenga un motivo, por encima de todos.

—¿Y ese motivo es...?

—La venganza, señor. La venganza de todos nosotros, de la sociedad, de los que supone que tuvieron culpa de que su padre muriese en un manicomio... Por eso repite los crímenes. Por eso actúa como él actuó entonces...

—Está haciendo simples teorías, Davis.

—Cierto, señor. Pero esta vez estoy seguro de que son la pura realidad...

Colgó. Un momento después, llamaban suavemente a la puerta de su habitación en el 10 de Downing Street.

—Adelante —invitó suavemente.

La puerta se abrió. Entró Norah Wallace.

—Hola —saludó. Y cerró tras de sí, con un guiño cómplice.

Wade observó que lucía su más breve falda, y su más amplio descote. Tuvo la sensación de que el encuentro no era demasiado oficial, y sí de otro cariz, al menos para la joven doncella...

—¿Algo nuevo? —preguntó Wade, tratando de mantenerse serio.

—Sí —sonrió ella, acercándose a él—. Creo que sé quién es el asesino que busca.

Wade la miró fijamente. Trató de ignorar que se acomodaba al filo de la mesa, dejando lucir ampliamente sus piernas.

—¿Quién, Norah? —preguntó con sequedad.

Ella se dispuso a decirlo.

Capítulo X

EL ASESINO

PERO el mohín de sus labios solamente fue para susurrar:

—¿Por qué no dejamos eso para más tarde? —susurró, mimosamente.

—Norah. ¿Quién cree que es el asesino? —la apremió Davis.

Ella pareció disgustada. Dio un leve taconazo.

—¿Eso es más importante que yo? —se interesó.

—Es más importante que nada en el mundo, Norah.

—Tengo información, pero sólo a cambio de que sea un poco humano conmigo... ¿No le gusto, acaso?

—Me enloqueces, Norah. Luego seré contigo todo lo humano que quieras. Pero no sin que antes me digas ese nombre. ¿Quién supones que es el asesino oculto en esta casa?

—Pues se lo diré —afirmó ella con serenidad. Y añadió, tajante —: El hermano del señor ministro, Larry Harrison Scott. El fotógrafo.

—¿Cómo lo sabes? —sonrió Wade.

—Le he visto en dos ocasiones, al caer la tarde, salir de esta casa. Luego, ha vuelto en una ocasión fingiendo ser el señor ministro. Peters, el policía, se lo tragó. Yo, no. Pero no me atreví a hablar. Ni a sugerirlo. Era tan delicado...

—Entiendo. ¿Por qué habría de ser, sin embargo, Harrison Scott?

—Está medio chiflado. Le visita el psiquiatra, ese doctor Durham. El ministro sólo padece de nervios. Depresiones frecuentes.

Pero el fotógrafo anda mal de la cabeza, seguro. Y el asesino es un loco, ¿no?

—Sí, es un loco... —Wade se encaminó a la ventana. Se quedó mirando a la calle—. Un loco hijo de otro loco. El hijo de Milton Lane, Norah...

Al decirlo, se volvió hacia ella rápidamente.

La doncella había palidecido intensamente. De súbito. Sus ojos brillaron extrañamente.

—¿Qué... qué dice? —jadeó.

—Milton Lane. Un enfermo que murió encerrado por loco. Un asesino, un maníaco... ¿Te preocupa eso, Norah? ¿Te preocupa saber que tuvo una hija... y que las fotografías tomadas a Funny Face anoche han probado que... QUE EL ASESINO ES UNA MUJER DISFRAZADA?

—¡Maldito polizonte! —rugió ella, de súbito—. ¡Sabía que estaba cerca, muy cerca, pero no tanto!...

Y se precipitó Norah Wallace, la doncella del 10 de Downing Street, sobre Wade Davis.

De sus senos, una mano diestra y rápida había extraído una larguísima hoja de acero, estrecha y punzante, un estilete terriblemente incisivo, que buscó el cuello de Wade...

* * *

Wade tomó ágilmente aquella mano, justo cuando la punta rozaba su garganta.

Luchaba con una fiera, con una mujer demente, poseedora de fuerza brutal, convertida en un animal salvaje. Logró desarmarla, pero la lucha continuó virulenta, rodando ambos por el suelo, como si tuviera frente a sí a un hombre poderoso y atlético.

En la lucha, el descote de Norah dejó caer dos piezas artificiosas. Su busto se deshinchó como un globo pinchado. No existían formas tan agresivas. Ello explicaba que pudiera disfrazarse de hombre sin denotar su sexo. Lo demás, su provocativa figura, era en gran parte juego de artificio, un engaño más en aquella cruel mujer cuya mente había heredado una tara incurable...

La lucha terminó rápidamente, cuando Wade, con el rostro surcado de arañazos, logró conectar un seco golpe de karate a la mujer. Norah Wallace dejó de luchar. Cayó inerte a sus pies.

Las esposas se cerraron sobre sus muñecas.

El asesino de Downing Street había caído al fin en la red.

* * *

—Estaba segura. Era mi instinto, Wade: pensé que era una mujer, sin saber la razón...

—Norah Jane Lane, hija de Milton Lane —recitó Wade—. Hija única de aquel pobre enfermo. Heredó su tara, y juró vengarse de la sociedad que castigó a su padre... Buscaba el caos, el fracaso policial, político... Era astuta como un diablo. Mataba gracias a su fuerza titánica, casi de hombre, por otro lado normal en un demente. Pero por si sospechaban de sus débiles golpes, actuó sangrientamente en el último crimen.

—Y sólo ella salía de la casa al atardecer, cuando concluía su labor... ¿Quién podía sospechar de una simple doncella que coqueteaba con todos? —Brenda se encogió de hombros, atónita—. Cielos, un caso tan sencillo... complicarse de ese modo.

—Era el lugar donde sucedía, Brenda, no los hechos en sí. Downing Street... el *premier*... Supo buscarse un trabajo habilidosamente, para disponer del más seguro refugio. La perdió su propio afán de desafiarnos, sus alardes... Ha confesado que, para ella, esto era como un juego... Un diabólico juego de astucia. No: Norah Jane Lane no era tan zafia ni burda como pretendía aparentar. Ni mucho menos, Brenda...

—Y ahora que todo ha terminado, Wade... Ahora que has sido felicitado por el *premier*, por el superintendente, y tu cargo no peligra... ¿qué piensas hacer?

—Disfrutar de las cortas vacaciones que me han dado. Brenda, hay algo que supe la noche en que te creí muerta.

—¿Y es...?

—Que estoy enamorado de ti.

—¡Wade!

—Brenda, ¿qué me dirías si te pidiera que fueses la señora Davis en estas vacaciones?

—Oh, Wade... ¿y aún dudas de mi respuesta? —rio ella, gozosa.

Cuando le besó, a Wade Davis se le borraron las posibles dudas sobre esa respuesta...

F I N